

SIMBOLOGIA

cementerios



poblados



acequias



tambos



fortalezas



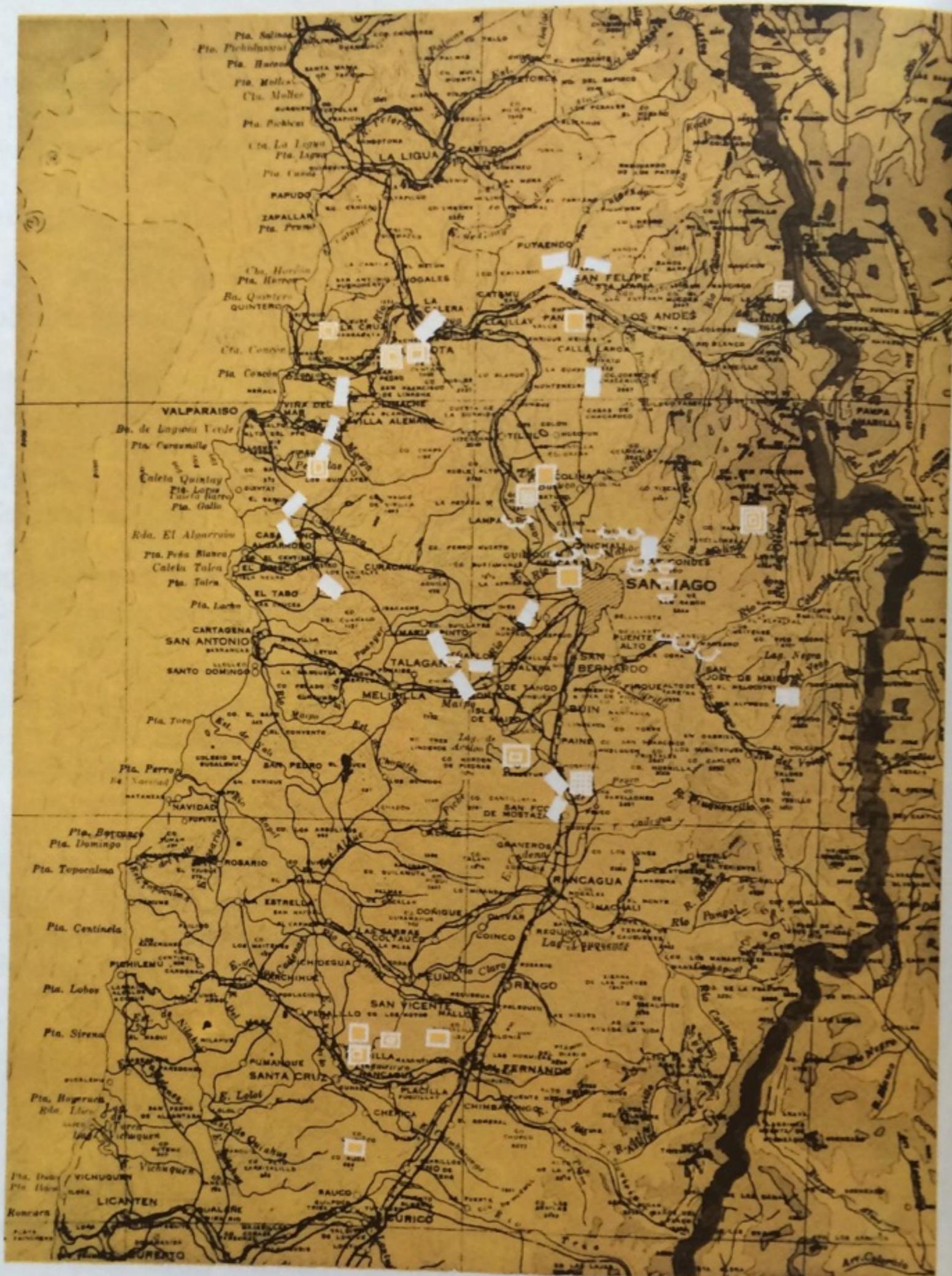
santuarios



camino del inca



límites



LA OCUPACION INCA EN CHILE CENTRAL

Los incas del Perú lograron extender su imperio desde Quito, en Ecuador, por el Norte, hasta el Río Maule, en Chile, por el Sur. Nos interesa analizar los restos arqueológicos dejados por este pueblo durante su corta ocupación de la zona central del país. Para facilitar su conceptualización se los ha localizado en el mapa adjunto.

Cementerio: Sin duda, los sitios más representativos que han sobrevivido de la ocupación inca son los cementerios. En pequeñas bóvedas subterráneas enterraban uno o más cuerpos junto a un ajuar consistente en piezas cerámicas, decoradas con motivos cuzqueños que acusan fuertes influencias diaguitas y locales.

Conviene destacar que los cementerios, hasta el momento excavados, se emplazan en lo que es la actual Area Metropolitana, y su dispersión no sobrepasa el Río Maipo por el Sur y la Cuesta de Chacabuco por el Norte.

Fortalezas o Pucarás: En toda la zona en cuestión se conservan los restos de fortalezas indígenas, emplazadas estratégicamente en lo alto de algún cerro, con un amplio dominio de valle y rodeadas por uno o dos muros defensivos de piedra. Dado que el Pucará de Chena demostró ser de origen incaico, se ha supuesto que los otros poseen la misma filiación. Su localización en el Mapa confirma que se encontraban en la línea del Camino Real Inca, quizás para defensa del despacho de provisiones, quizás para apoyar la conquista.

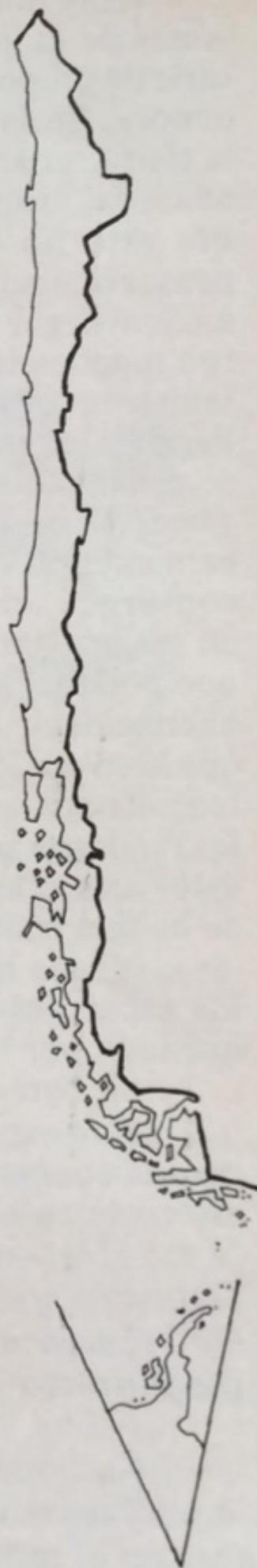
Camino del Inca: Aunque el Camino del inca en Chile Central no estuvo nunca pavimentado, sino simplemente era un sendero despejado de piedras, fue muy utilizado por las tropas incaicas y luego por el conquistador español. Pedro de Valdivia relata que siguió dicho camino para llegar a Santiago.

El Camino Real, que provenía de Mendoza, se bifurcaba en Putaendo en dos ramales. Uno por la cordillera de la Costa y otro se dirigía por la Cuesta de Chacabuco y Colina a Santiago. De allí continuaba al sur, pasando por la Angostura. Estos caminos permitían unir los principales centros poblados incaicos de la zona. Cada cierto trecho construían una posada que denominaban tambo, donde los viajeros reabastecían sus provisiones y descansaban. Muchos lugares conservan hasta hoy el nombre de tambo o tambillos.

Santuarios: Algunos cronistas han mencionado repetidas veces la existencia de templos y adoratorios incaicos en la zona. Al pie del cerro Mollaca, en Quillota, se habría emplazado uno de ellos. El otro, en Colina, habría sido quemado a la llegada de los españoles.

Hace pocos años fue encontrado el cuerpo congelado de un niño, finamente ataviado, cerca de la cumbre del cerro el Plomo, y que habría sido sacrificado y ofrecido a los dioses por los incas.

Esta breve revisión de los principales sitios incaicos evidencia la intensidad y extensión que alcanzó la ocupación inca en la zona central de Chile.



–Hay una cosa que me interesa particularmente. Antes de la llegada de los incas, habitaban esta zona una serie de grupos humanos cuyo desarrollo cultural casi no se conoce. Se ha supuesto que todas las técnicas de cultivo de la tierra, crianza de animales, construcción de viviendas, alfarería, armas, etc., fueron enseñadas por los incas. Sobre esto no hay ninguna seguridad y yo he llegado a pensar que no es así. Estos pueblos tenían una cultura. Los incas al llegar se instalaron sobre algo ya existente. Aportaron muchos ingredientes a esta vida local; evidentemente tenían una cultura mucho más evolucionada. Más tarde llegaron los españoles, y tal como lo habían hecho los incas, se reinstalaron sobre lo que ya estaba. Al mirar el mapa puede verse que el único lugar donde se han encontrado cementerios es en lo que ahora es Santiago. Los caminos convergen sobre Santiago, dos de los tres santuarios están en sus proximidades. Es claro que influye en esto el hecho que por razones de urbanización, regadío y construcción habitacional, Santiago es un lugar mucho más explorado que los otros. Sin embargo, no deja de ser curioso que no se tengan noticias de cementerios en otros sitios. Los españoles fundaron la ciudad en un lugar ya elegido por los incas y éstos a su vez se asentaron donde otros grupos humanos ya se habían instalado.

–Y por lo que cuentas –comenta Pancho– tampoco los españoles conquistaron más territorio que el ya conquistado por los incas; llegaron también hasta el Itata.

–Sí, parece ser así.

–Pero –le pregunto a Rubén– estos *pucará* que se han pensado como fortalezas, ¿se tiene seguridad que lo fueran efectivamente?

–No –responde–. Es una hipótesis, un supuesto. Seguridad no hay ninguna.

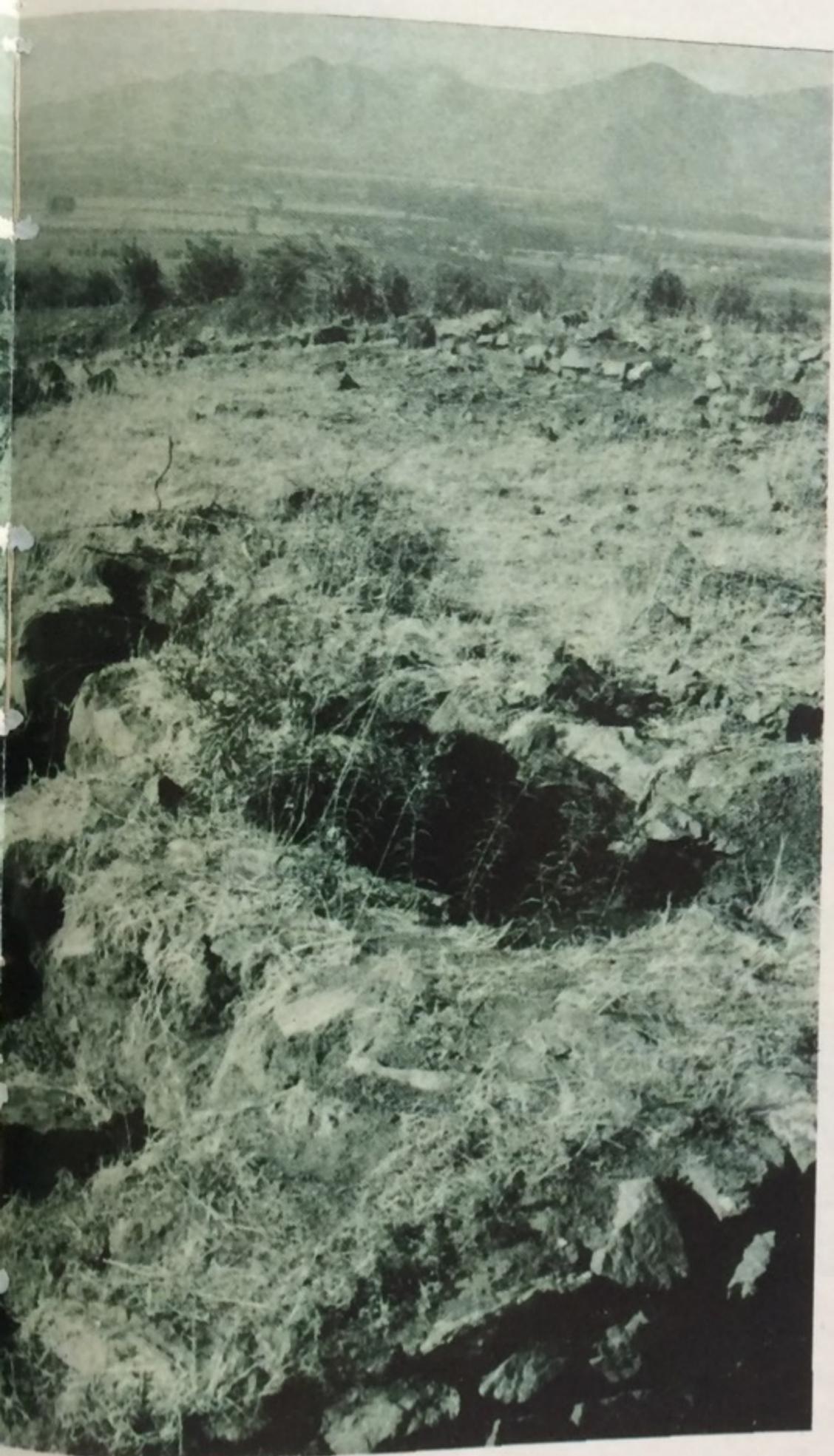
–Entonces –digo– la traducción de la palabra *pucará* por *fortaleza* puede ser absolutamente inadecuada.

–Así es.

–No entiendo nada.

–Vamos a Chena –propone Rubén– y discutimos la cosa en el terreno.





–¡Perfecto! –exclama Pancho–. Vamos a Chena.

–Vamos a Chena –digo con bastante desgano–. No me queda muy claro qué aportará la visita al terreno.

–Nos dará una medida más directa de la base que se tiene para afirmar o negar lo que se afirma.

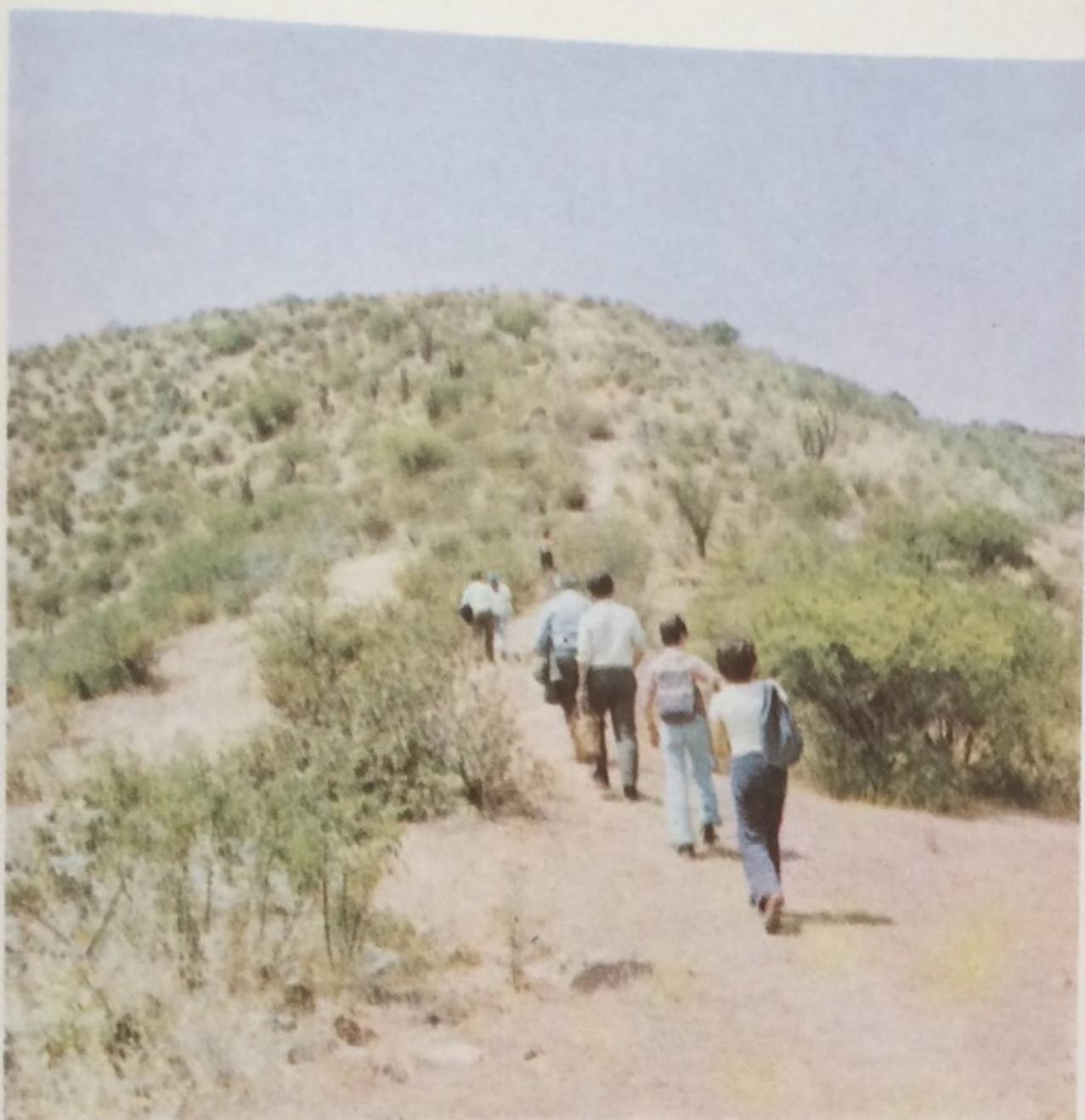
–¿Vamos?

–Vamos.

La ida a Chena la hicimos un lunes en la mañana. La verdad es que nos salió un poco precipitado. Quedamos de partir a las 9 y por diversos problemas solo pudimos hacerlo a las 11:30. El plan era comprar unos pollos asados por el camino, algunas bebidas y permanecer en el *pucará* (me niego a llamarlo fortaleza) unas tres horas. Pero el día lunes, siguiente de domingo, no hay nada en parte alguna. Hubo que improvisar.

Nos acompañaba un grupo de jóvenes de las Juventudes Científicas del Museo Nacional de Historia Natural. Fueron invitados por Rubén, eran 6.





◀ Fotografía tomada durante el ascenso al pucará. En la cumbre que se divisa es donde esperábamos encontrar el castillo medieval.

◀◀ Casas del fundo San Agustín, donde se guarda una colección de cerámicas recogidas en los cementerios existentes al pie del cerro en que está situado el pucará de Chena.

Pasada la plaza de peaje de Lo Espejo, después de la entrada a San Bernardo, hacia la derecha, sale un camino de tierra que conduce al pueblo de Calera de Tango. El camino pasa al pie de una puntilla de cerro de pendiente casi vertical. En lo alto de ella está el *pucará*. Para subir debemos entrar al fundo San Agustín.

Apenas se traspasa la puerta se ingresa en el mundo de los viejos fundos de la zona central. Largos muros de adobes ya carcomidos por los años, avenidas de árboles viejos y un aire de pasado esplendor.

El camino nos lleva a un amplio recinto en el que a la izquierda se levanta una capilla muy blanca, que se ve reparada y pintada, y a la derecha las casas del fundo rodeadas de un parque algo mustio y situadas frente a una gran pileta cubierta de plantas acuáticas.



-Aquí la familia guarda una colección muy valiosa de cerámicas encontradas en dos cementerios que están junto al cerro -nos informa Rubén-. A la vuelta podemos pedir permiso para visitarla.

El camino tuerce a la izquierda y nos encontramos con una preciosa bodega de aspecto colonial. También la visitaremos a la vuelta. La capilla con el largo corredor que la prolonga hasta otras construcciones, el muro y rejas del parque y esta viejísima bodega configuran un enorme patio abierto, con algo de plaza sureña.

Continuamos hasta el pie del cerro.

Hace calor y el día se ha puesto pesado y blanquecino. Allí dejamos los vehículos. Cargando los comestibles, equipos fotográficos, una malla para colar tierra, un balde, pala y otros implementos arqueológicos, iniciamos el ascenso.

Debe ser poco más de las 12.

En fila india la expedición trepa lentamente la ladera cubierta de espinos y pasto amarillento y resbaladizo. Los más jóvenes toman la delantera y oigo sus voces lejanas gritar y reír. Nosotros, un poco más calmos, nos detenemos de tanto en tanto para contemplar el paisaje que va apareciendo a medida que ganamos altura.

-Uno simula que se detiene para mirar -comenta María Gloria-, pero en realidad es para recuperar el resuello.

Varios nos detenemos riendo. La verdad es que las detenciones son cada vez más frecuentes y prolongadas. El corazón bombea precipitadamente y el calor hace su estrago.

-Daría mi peso en oro por una bebida fresca -digo medio entrecortado.

-Hay que caminar lento y constante -dice Rubén-. Son 15 minutos de subida.

Llegamos al portezuelo desde donde asoma el paisaje hacia el otro lado del cerro. A partir de allí la subida la hacemos siguiendo el lomo del cerro. Cada tanto miro hacia lo alto para ver si aparecen los muros de la fortaleza. Nada.



Bajando por una de las laderas para aproximarse a los muros que circundan el pucará de Chena.

De pronto Rubén nos indica que nos detengamos. ¡En buena hora! Nos señala lo que parecerían los restos de una pilca de piedras, restos que siguiendo una cota del cerro parecen bordearlo como una corona.

–Esto –explica– sería el primer muro que rodea a la fortaleza. Poco más arriba hay un segundo muro y ya en lo alto está la construcción propiamente tal.

No hay mucho que mirarle. De no habernos llamado la atención Rubén sobre su existencia, ni lo hubiéramos notado.

–Por mí –dice Pancho– prohibiría el uso de la expresión “¡Qué interesante!” Detesto las cosas “interesantes”.



Levantamiento del pucará de Chena.

Este plano y levantamiento topográfico del pucará de Chena fue realizado por el arqueólogo Hans Niemeyer. En cada curva de nivel se ha señalado la altura que le corresponde relativa al nivel del mar. Se han trazado curvas cada dos metros (Santiago está a una altura aproximada de 500 m).

Se han numerado los diversos recintos del pucará.

En todo el rededor del pucará se han señalado los muros. Las partes llenas corresponden a los lugares en que se encuentran restos. Las partes punteadas muestran las zonas en que no quedan restos de piedra, pero hay evidencias de que existió muro: cortes en el cerro, senderos que siguen la

antigua huella. La flecha apunta hacia el norte (Norte magnético).

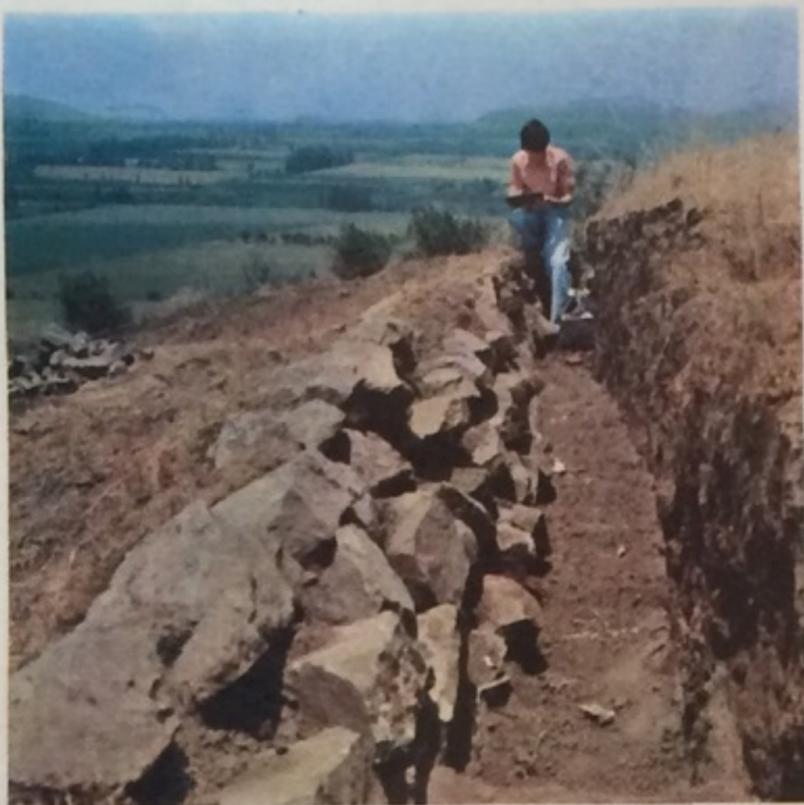
Donde las curvas de nivel están más separadas, el terreno es más plano.

Donde aparecen más tupidas (hacia los bordes), el terreno es más empinado.

La cumbre es el lugar más plano.

Detenidos junto a uno de los muros que rodean el pucará se discute sobre la finalidad que pudo tener. Obsérvese el panorama abierto hacia el Sur.





Vistas generales que muestran el instante en que se examinan las excavaciones hechas en el pucará de Chena. En ese momento, como seguramente le ocurrirá a usted, lector, no veíamos más que piedras amontonadas y trincheras cavadas.



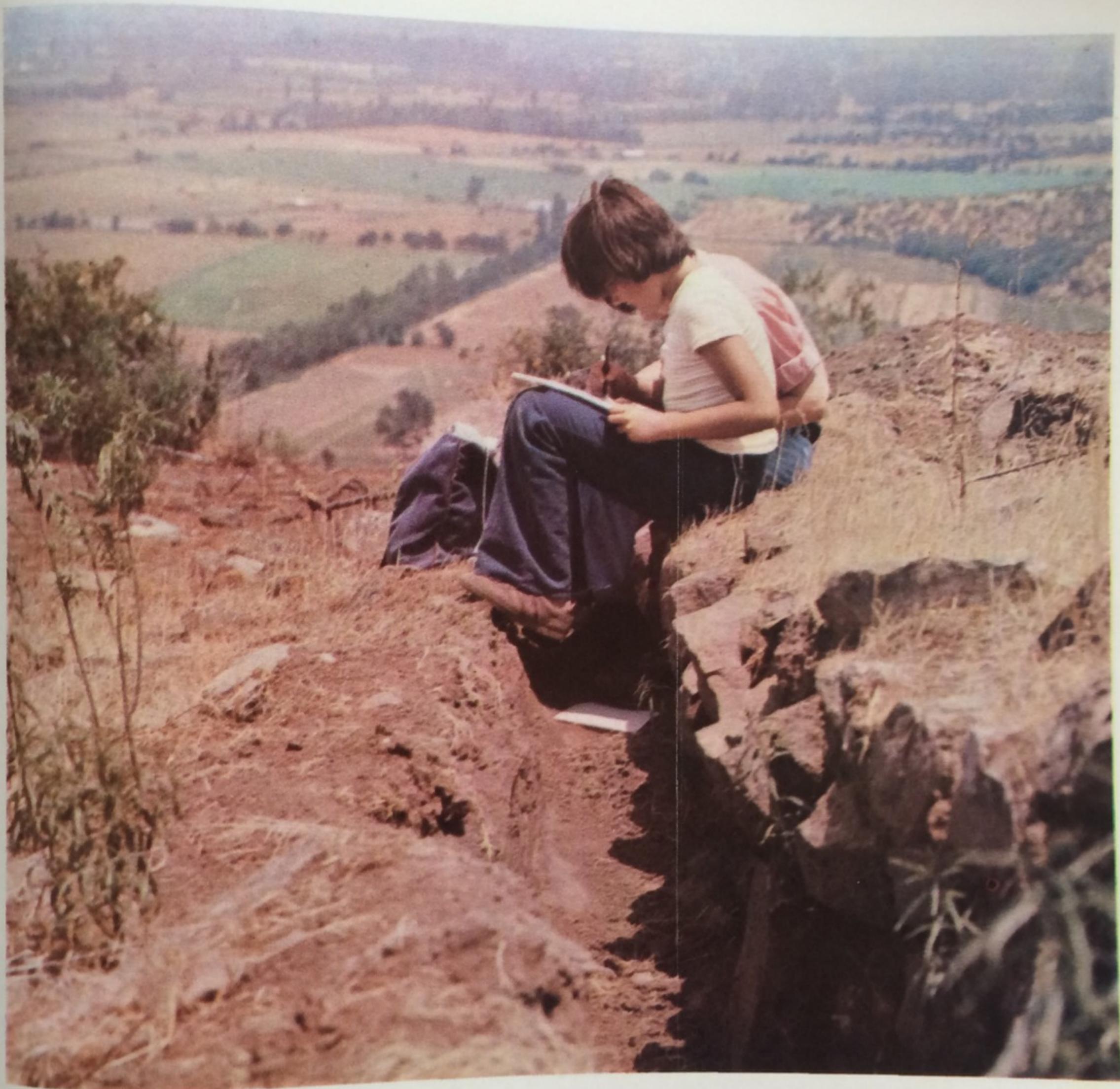
Seguimos. A poco andar encontramos los restos del segundo muro. También tan imperceptibles como el primero.

—¿Son muros de defensa?—pregunta Omar Torres, uno de los jóvenes que nos acompañan.

—Seguramente—responde Rubén—. Los vamos a examinar más tarde.

Una brisa fresca nos anuncia que ya hemos alcanzado una cierta altura. No creo que sea más de unos 80 a 100 metros. Son breves ráfagas que luego nos vuelven a sumir en el caluroso sopor del cerro.

El ascenso continúa. Finalmente llegamos a una amplia explanada, la que parece haber estado bordeada por





Al llegar, la vista era la de cualquier cumbre, en cualquier cerro de la zona central: piedras, pasto amarillento y arbustos. Las excavaciones parecían el trazado de cimientos para una edificación habitual. Más tarde empezarían a adquirir todo su sentido. Es interesante mostrar en qué imperceptibles huellas es necesario apoyarse para iniciar un trabajo arqueológico.

una pilca ya desaparecida. Pasto amarillento, algunas plantas que asoman como mechones más oscuros y espinos. Hacia el fondo, el amplio y hermoso panorama de campos cultivados, casitas lejanas y un horizonte casi borrado de cerros lejanos.

—Aquí estamos —exclama Rubén, como si nos invitara a pasar al interior de un castillo de piedras.

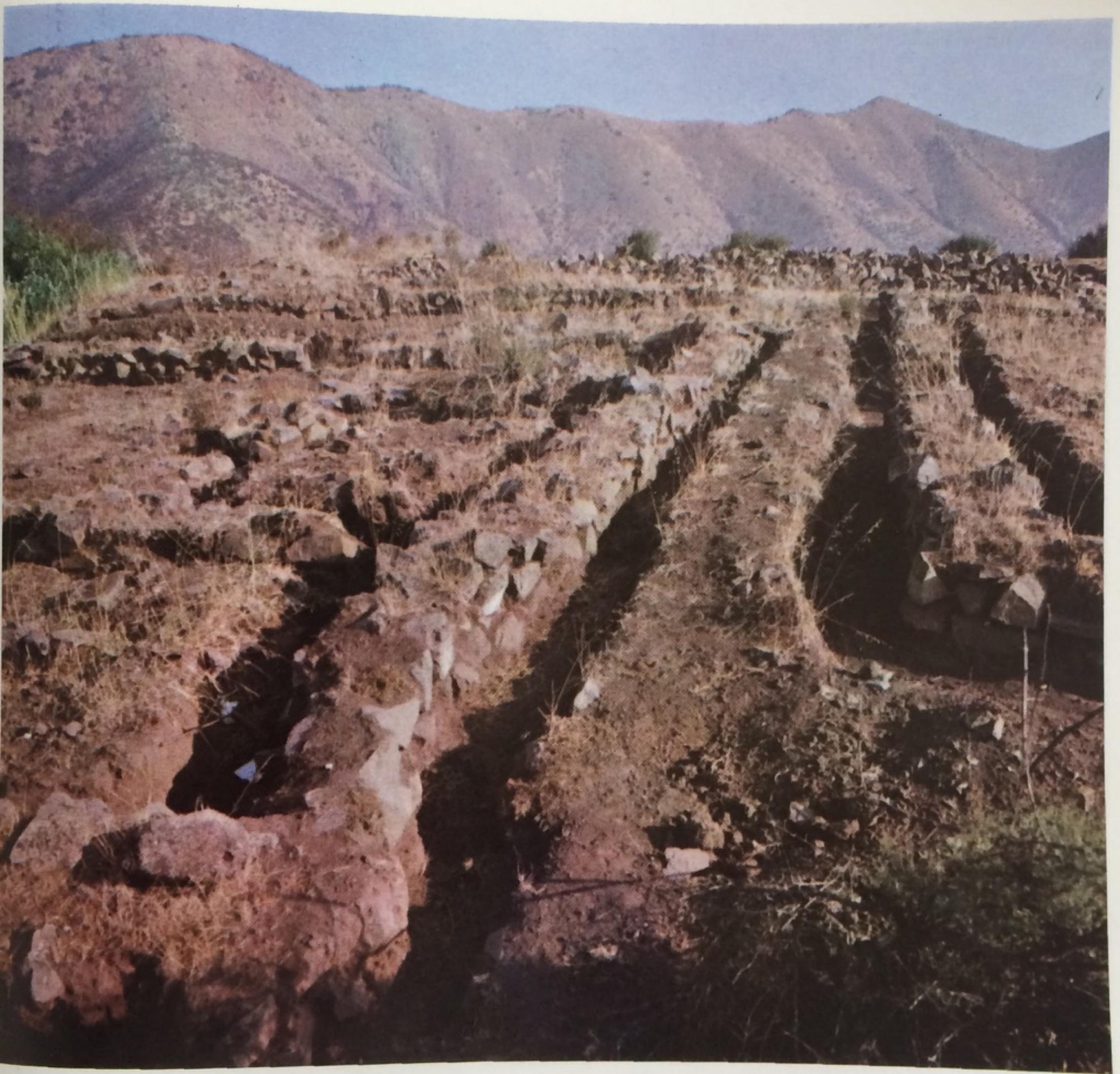
Piedras desparramadas, ni un árbol o arbusto de sombra, y... esos posibles restos de piedras amontonadas en hileras.

—Francamente, Rubén, no veo ninguna fortaleza.

—Observen bien —dice, guiándonos a través de la explanada hasta su extremo sur.

Veo un hoyo en el suelo, único testimonio de algo hecho por un ser humano, y le pregunto.

—¿Aquí están excavando?





Todavía semioculta por la tierra y el pasto, la ruina esconde su secreto y nos deja perplejos y frustrados sin saber qué mirar.

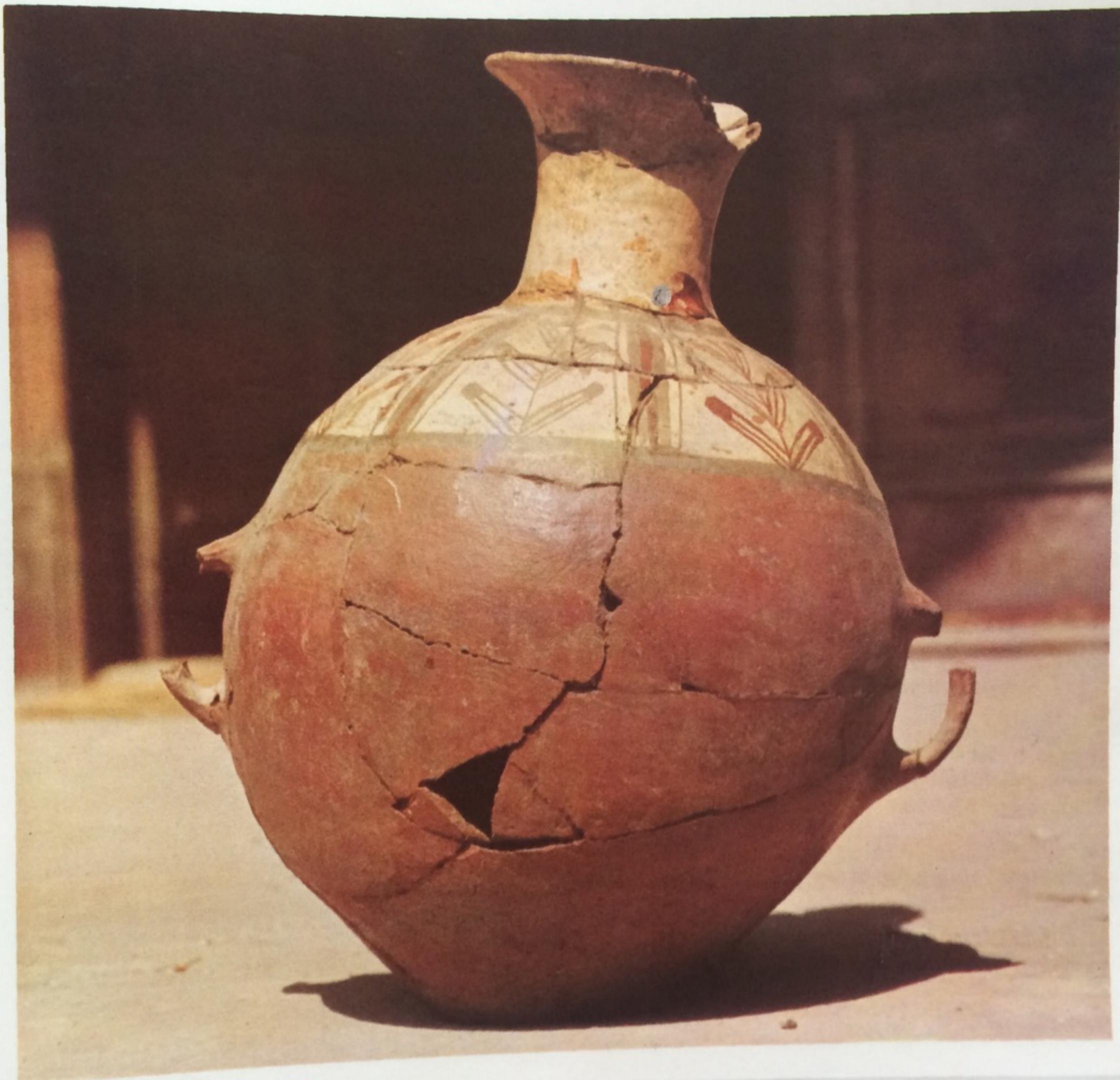
—No —responde—, esos hoyos los hace la gente que viene a buscar leña y madera para hacer carbón. Les interesan mucho las raíces.

Ni eso es parte del asunto, pienso. No veo nada. Llegamos al extremo sur de la explanada. Frente a nosotros un laberinto de trincheras excavadas recientemente.

¡He aquí el *pucará*!

Yo diría que son los heridos que se hacen para los cimientos de una casa. Nada se levanta más de 10 cm. del suelo. Los jóvenes caminan por dentro de las trincheras, hurgan en el suelo, otros se sientan a descansar. Un sol implacable.

—¿Dónde está el *pucará*?



Nos quedamos mirando la planicie cubierta de pasto amarillento y calcinada por un sol implacable. Ni una brizna de sombra. Hacia el fondo el precioso panorama del valle. El *pucará* no era más que un laberinto de excavaciones y restos de pircas de piedras.

Me resultó casi una burla cuando Rubén sonriente y satisfecho preguntó:

—¿Observan algo?

Parecía estar descorriendo el velo que cubría la sorpresa prometida. Nadie dijo nada.

En un esfuerzo supremo por ver algo y hacer alguna observación pertinente, recorrí con la mirada la puntilla, por lo demás idéntica a todas las puntillas de todos los cerros de la zona central. Divisé los restos de una fogata y un tarro de conservas.

◀ Este enorme vaso, que se ha denominado aribaloide, se diferencia de los típicamente inca-cuzqueños por su base plana, ausencia de un botón o figura zoomorfa en la parte superior del cuerpo, y por su decoración en todo el rededor del vaso. Los motivos decorativos poseen forma de planta (maíz o helecho).

Estamos en el interior de los recintos 5 y 6 de la fortaleza de Chena. ▶ En primer plano la puerta de acceso al recinto.





▲ Esta fotografía de un recinto pequeño de la fortaleza de Chena muestra la tendencia a construir formas rectangulares con esquinas de 90°, la puerta de acceso se ubica al centro del muro poniente.

–Parece que los incas comían arvejas en conserva –exclamé, tratando de ocultar detrás de un chiste mi completa ceguera.

Rubén se rió, pero sin perder un cierto aire triunfal esperó una respuesta. Me di por vencido.

–No veo nada –dije un poco desconsolado.

–¿Nada? Pero verás hileras de piedras, trincheras cavadas... –exclama Rubén con un optimismo aplastante.

–Sí, vemos todo eso, pero nada de una fortaleza.

–Cuando viniste por primera vez, ¿había aquí una fortaleza? –pregunta Pancho, que, con o sin fortaleza, disfruta del aire y del sol.

Rubén vuelve a reírse.

–Cuando vine por primera vez había bastante menos que lo que ustedes pueden ver ahora. Tenía la noticia de las antiguas crónicas que mencionaban un *pucará* en estas inmediaciones, tenía la noticia de los cementerios al pie del cerro y sólo podían verse aquí arriba unas cuantas hileras de piedras medio sepultadas. Además, yo sabía lo que venía a buscar y tenía una idea de lo que encontraría.

–¿Y se puso a cavar? –pregunta uno de los jóvenes que nos acompañan.

–¡No!... –exclama Rubén riendo–. Vine con mi mujer de paseo a echar un vistazo y recorrí la puntilla mirando por encima. Sabía que el *pucará* debía tener uno o dos muros de circunvalación. Los fui a buscar. Los encontré por el lado de mayor pendiente del cerro. Recorrí parte de ellos, y encontré trozos de cerámica típicamente incaica.

–¿Y cómo podías saber que era incaica?

–Eso es relativamente sencillo –continúa Rubén–. La cerámica incaica es muy peculiar: tiene formas y decoración muy características que permiten distinguirla inmediatamente de la alfarería anterior a los incas que se hacía aquí y de la que se hizo durante la Colonia española. Los incas cubrían sus obras de cerámica con un baño de arcilla coloreada de rojo y sobre ella hacían su decoración con negro, blanco y rojo. Muchas veces a uno le basta un simple fragmento para reconstruir mentalmente el tiesto completo.

”Esos fragmentos cerámicos daban un indicio de que se trataba de una construcción incaica.

–¿Fue entonces cuando te decidiste a excavar?



—La decisión no fue sólo mía. Yo debía presentar una tesis al Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas de la Universidad de Chile, dirigido por el profesor Mario Orellana, y propuse hacerlo sobre este hallazgo del *pucará*.

—Y te mandaron a la punta del cerro —dice Pancho señalando la puntilla en que estamos.

—Por lo menos me autorizaron para irme a la punta del cerro —dice riendo Rubén—. El trabajo lo haría bajo el patrocinio de un gran arqueólogo: el profesor Hans Niemeyer. Tuve mucha suerte en esto.

—Y con él, manos a la obra —dije.

—Se trabajó con muy poca gente. Excavar es un trabajo delicado. No se trata de excavarlo todo para dejar a la vista la construcción completa. Debía excavar lo estrictamente

indispensable como para confirmar que era una construcción incaica, saber si había sido ocupada con posterioridad, si los españoles se habían asentado aquí: determinar con la mayor exactitud la planta del *pucará*...

—¿Y por qué tantos cuidados? —pregunta Marta Peña, que escuchaba con toda atención.

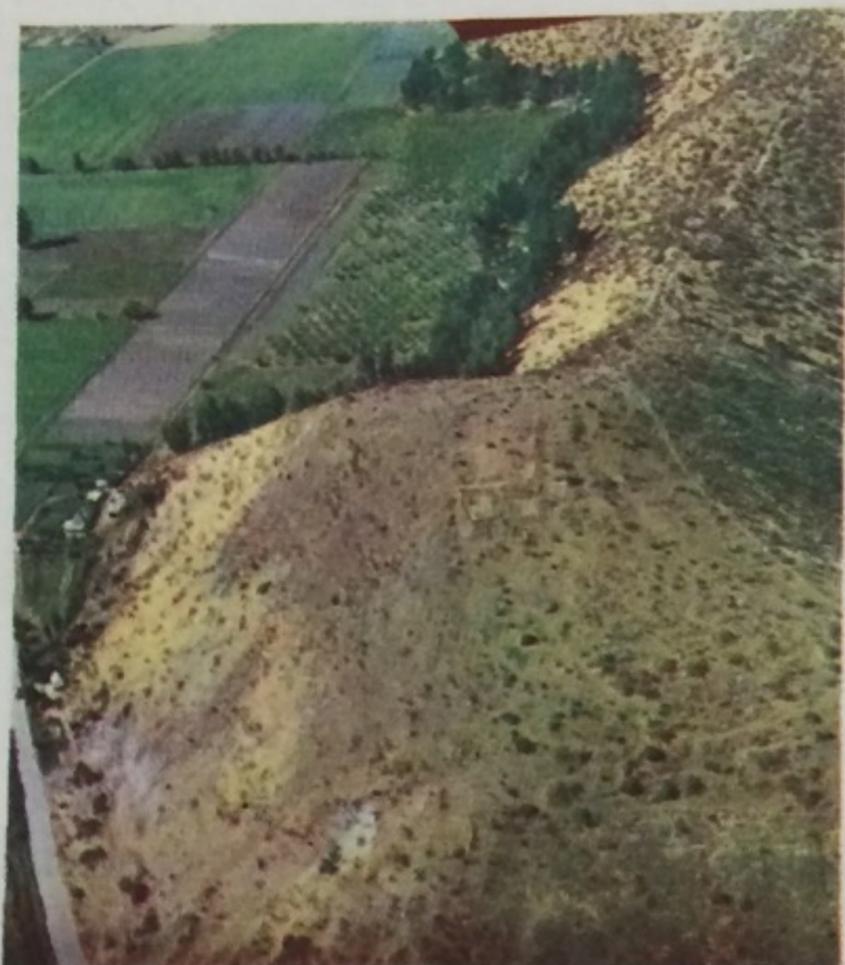
—Es posible —continúa Rubén— que más adelante se den hallazgos que modifiquen todo el modelo que nos hemos hecho sobre los pueblos que habitaron esta zona. En tal caso, es importante no destruir con excesivas excavaciones los pocos lugares que podrían ayudarnos a comprobar los nuevos descubrimientos.

—¿Y encontraste un tesoro? —pregunto.

—En lugares como éste es raro encontrar piezas completas de cerámica. Hallamos mucho fragmento, casi 20 Kg, 2 puntas de proyectil de forma triangular, un mortero

Foto de los recintos 5 y 6. En primer plano un corredor de acceso, o pasillo que une los diferentes recintos y los comunica con el exterior. Nótese el amplio dominio del valle que se alcanza desde la cumbre. ▶





La foto aérea es una útil herramienta de apoyo para el descubrimiento o estudio e interpretación de sitios arqueológicos. En la secuencia de fotos se muestra una vista aérea del pucará de Chena, destacándose el sector excavado. Sin embargo, esforzando algo la vista, es posible detectar algunos alineamientos de piedras y tierra que corresponden a muros enterrados. Dos de éstos pertenecen a los muros defensivos que circundan la cumbre del cerro.

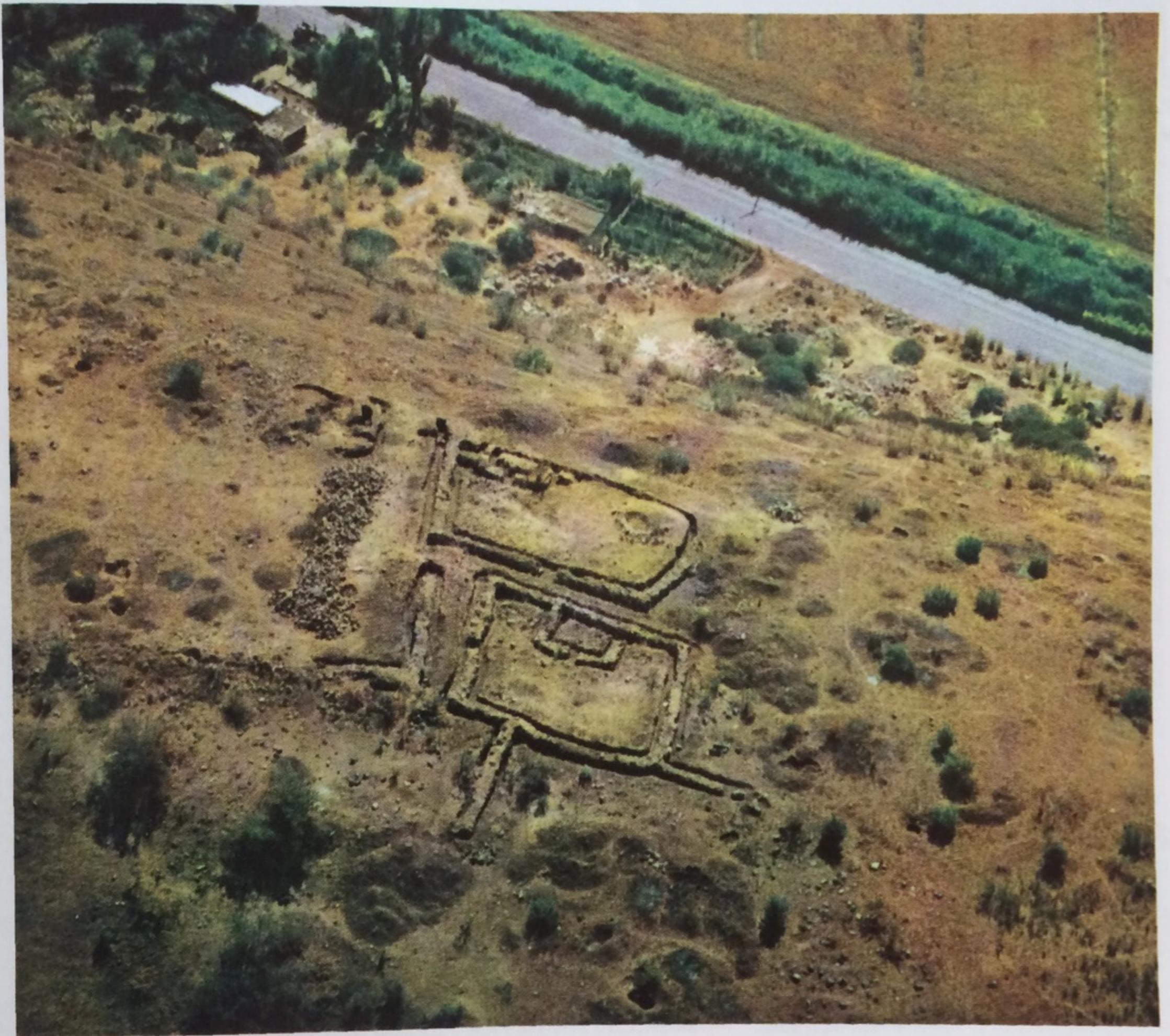


con su respectiva mano de piedra para moler y restos de fogones con huesos de *auquénidos*, es decir, de llamos o alpacas.

”Al cavar es necesario hacerlo por capas de 10 cm, harneando la tierra y examinando todo lo que sale. Las piedras mayores se retiran y se amontonan todas juntas.

—¿Y cómo se sabe, al sacar esas piedras, que no se está demoliendo un muro?

—Si ustedes observan, las piedras de los muros están muy toscamente labradas, pero por lo menos tienen una cara plana. Esa cara plana era colocada hacia afuera, intentando formar una superficie relativamente lisa. Estas piedras se unían unas con otras con barro. Cuando uno encuentra piedras que están sueltas y en una posición diferente a las otras, es seguro que se han desplomado del





▲ Nos detenemos algunos minutos a contemplar los restos de lo que parece haber sido un corredor de acceso al Pucará.

antiguo muro. A fin de cuentas, no hay que olvidar que esta construcción tendrá unos 500 años y en ese período ha habido temblores, terremotos, lluvias torrenciales, temporales, vientos y la acción demoledora de los hombres.

Medimos aproximadamente el volumen de las piedras amontonadas y de cálculos que hicimos resultaría que lo derrumbado corresponde a unos 60 cm. Lo existente mide más o menos un metro, por lo que la altura primitiva sería alrededor de 1,60 m.

-¿Tenía techo?

-Seguramente. Pucarás semejantes a éste encontrados en Perú tenían un techo de paja. Aquí, sin embargo, no se

han encontrado rastros. Al excavar debimos tropezar con una capa o estrato muy delgado que al analizarlo mostrara restos de paja, ramas, madera o cualquier material usado en techumbres. Sin embargo, no encontramos nada. Esto no implica que no tuviera techo, pero nos ha impedido verificarlo.

—¿Y no pudo quedar inconcluso?

—Difícil. Los restos de cerámica y los demás objetos encontrados señalan que fue ocupado.

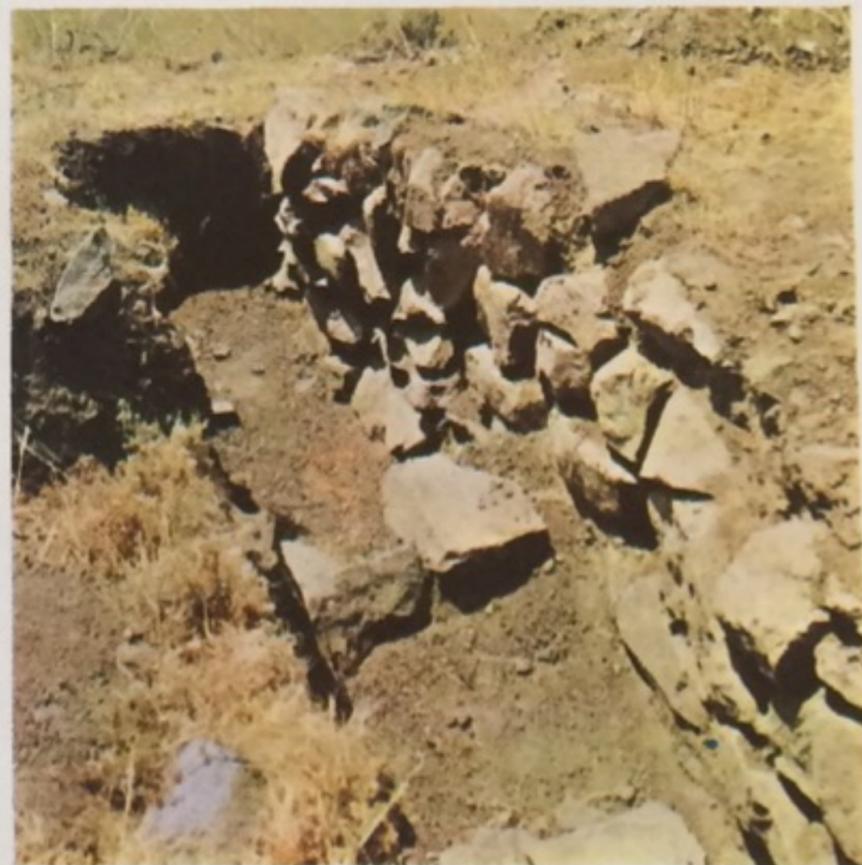
Mientras se conversa, recorremos el lugar. Rubén nos hace observar que los recintos tienden a ser rectangulares, es decir, que hay una voluntad de lograr una cierta regularidad geométrica utilizando el ángulo recto. Esto era una novedad para los naturales de la zona; sus habitaciones eran habitualmente redondas u ovaladas. Además, estos pucarás y las construcciones incas tenían otro aspecto que era desconocido aquí: las rucas o habitaciones preincaicas consistían en un solo recinto, dentro del cual se dormía, se cocinaba y hasta en muchos casos se trabajaba; las construcciones incaicas, en cambio, se componían de muchos recintos o piezas, con pasillos internos de comunicación. A este respecto llaman la atención esas piecitas pequeñas dentro de otras más grandes. Puede observarse en el plano del pucará que en vez de colocar esos recintos en el rincón —donde requeriría sólo levantar dos muros— los ubicaban hacia el medio de la muralla, obligando a construir tres muros. Se ha pensado que tales recintos podrían ser “cocina”, pues en uno de ellos se halló el mortero y fogón.

Rubén nos condujo luego a los muros que rodean el pucará.

—Lo último que yo diría es que esto es una fortaleza —comenta Pancho.

—¿Sí? —dice lacónicamente Rubén.

—Emplazar una fortaleza en lo alto de un cerro cuando el alcance de las armas es de unos cuantos metros, rodearla de muros, que obliguen a dispersar a los defensores en una gran extensión en vez de concentrarlos, poner muros por el lado inaccesible del cerro y, lo que es peor, muros idénticos



Vista de un muro ladeado por el peso de los años. En la construcción de las paredes se utilizaba una doble hilera de piedras canteadas, dejando la cara más plana hacia el exterior. En algunos casos se usaba argamasa de barro.

a los contruidos por el lado en que debería darse lógicamente el ataque; hacer la fortaleza misma llena de rincones e irregularidades, que facilitan el ataque, no parecen estrategias muy militares...

–Además que arriba no hay agua y sería muy fácil sitiar la fortaleza y vencerla por la sed –agrega Marta Peña, que hace rato clama por una bebida.

–¿Y qué podría ser? –pregunta simplemente Rubén.

–Un templo, corrales para llamas o alpacas que se crían en el cerro, la casa de un jefe...

–No parece corral –responde Rubén–, porque no se ha encontrado un estrato que contenga guano; no es santuario o residencia sagrada, porque en ellos siempre se han encontrado objetos de oro, plata o metal; también se han encontrado cantidades de leña para los sacrificios y nada de eso se ha hallado aquí; no parece probable que sea la casa de un jefe, pues no se entendería para qué hicieron los muros que la rodean.

”Es cierto que no podemos asegurar que sea una fortaleza, pero me parece lo más probable.

–Pero dime, Rubén –pregunta María Gloria–, yo no sé nada de esto, pero la palabra *pucará*, su significado, ¿no podría dar una indicación?

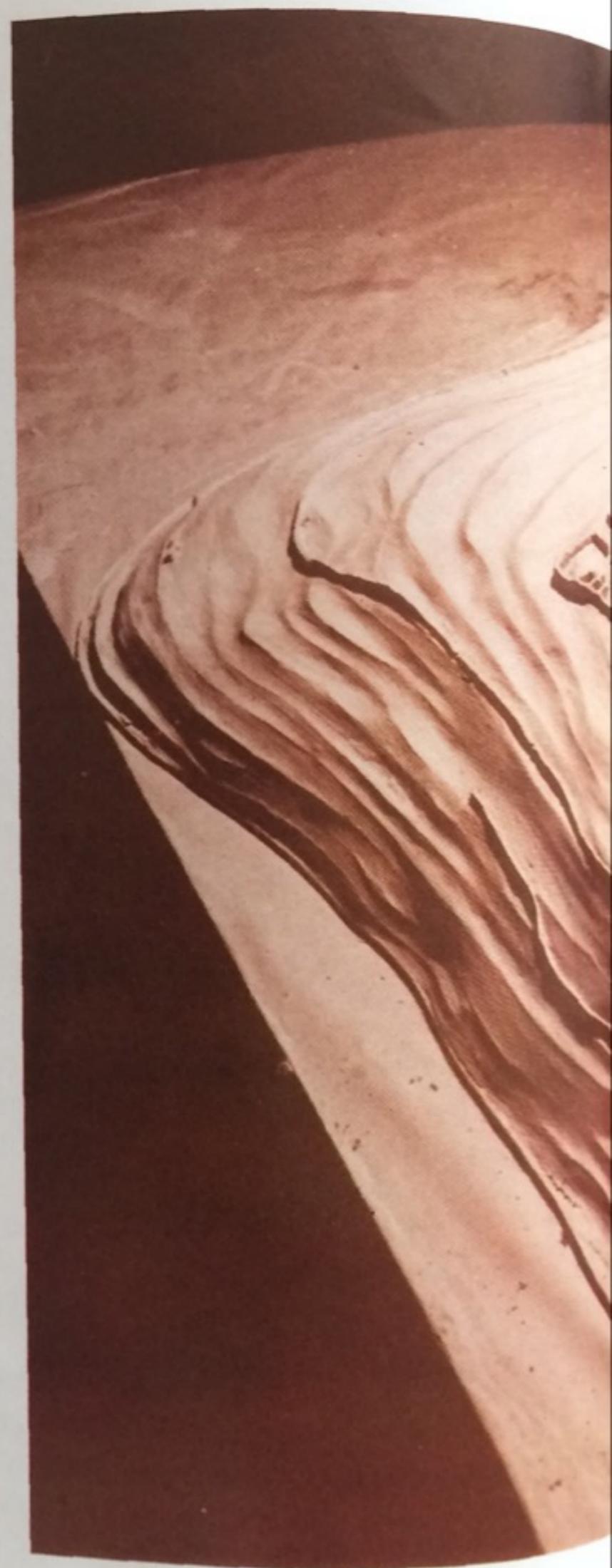
–Los incas llamaban *pucará* a *eso* que estaba en la cumbre de los cerros –dice Rubén–, a *esto* que tenemos aquí delante.

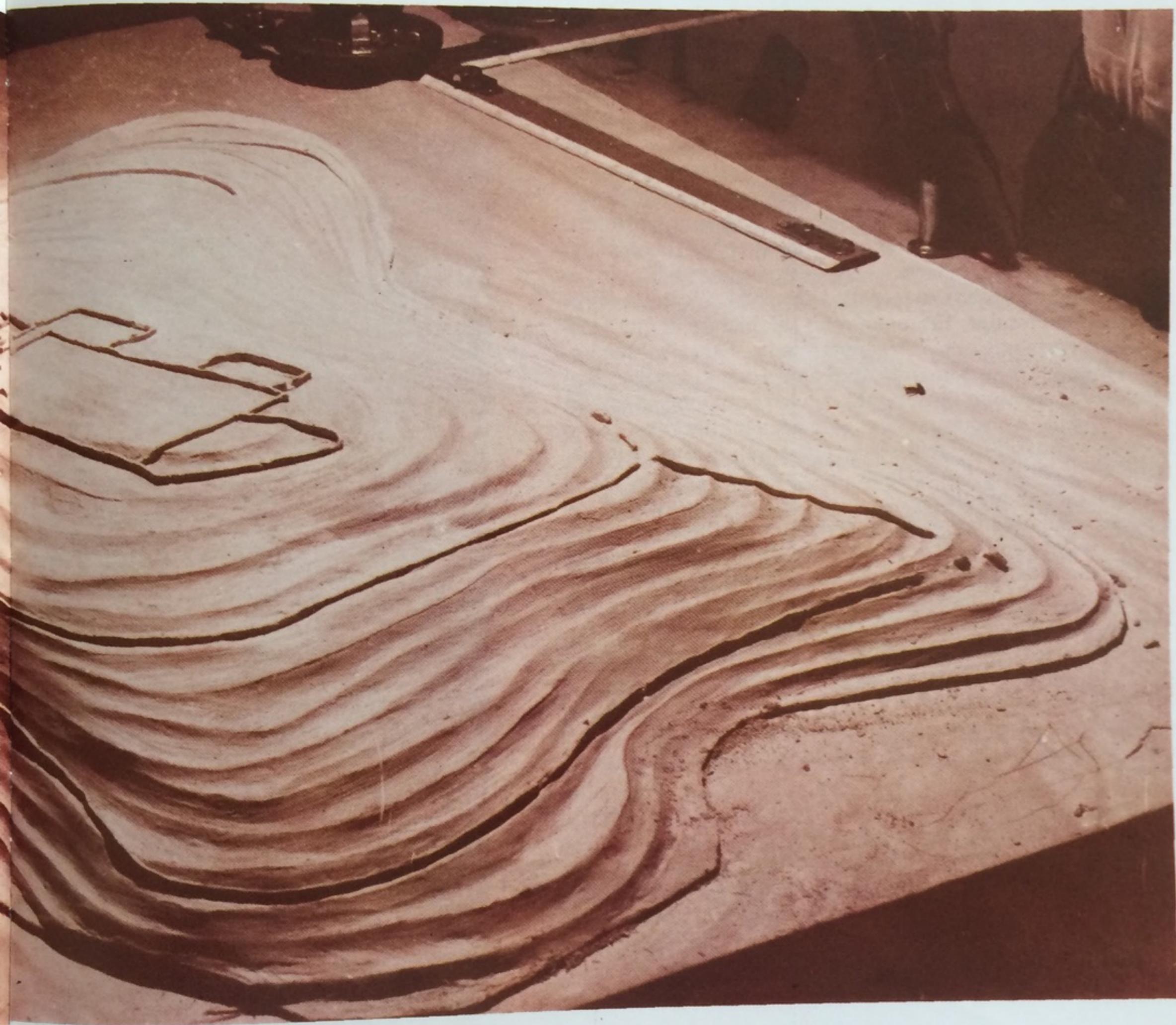
–¿No se ha investigado más su significación propia? –insiste María Gloria.

–Hay varias acepciones –continúa Rubén–, pero todas ellas tienen que ver con lugares protegidos o algo por el estilo.

–La palabra *sombrero* –replica Pancho– es *eso* que la gente se pone en la cumbre de la cabeza, pero, además, por su significación, alude a *sombra*, a protección del sol, y se puede saber, por lo tanto, que no se habla de un casco ni de una mitra ritual o de una boina.

–Es cierto –comenta Rubén– que podría estudiarse eso. La traducción de *pucará* por *fortaleza* es más una interpretación que una traducción propiamente. Yo no he





estudiado ese punto. Me he limitado hasta el momento a obtener todos los datos concretos que puede proporcionarnos *eso* que está allí.

Omar Torres, uno de los muchachos que nos acompañan, se acerca con un trozo de cerámica y se lo pasa a Rubén.

—Esto es un trozo de *aríbalo*. En la colección que se guarda en las casas abajo te voy a mostrar uno que debió ser igual a éste. Si observas este fragmento, verás que tiene 2 lados paralelos. Ello se debe a que para hacer el cántaro no se usaba un torno giratorio, como es frecuente en la actualidad, sino se amasaban unos rollos de greda, a los que se les daba forma circular. Eran como un salchichón al que se le disponía formando una circunferencia. Estos salchichones o rollos se iban poniendo unos sobre otros, ampliando o reduciendo su radio de acuerdo con la forma que se quería dar al objeto. A continuación se alisaban las paredes, como borrando los rollos. Después se cocían en hornos o directamente al fuego. Ahora bien, la parte más débil en toda esta operación quedaba en la unión de un rollo con otro; al golpearse se quebraban siguiendo estas uniones y por eso los fragmentos quedan con sus lados paralelos; en verdad, cada pedazo es trozo aplastado de uno de estos rollos.

—¡No tenía la más remota idea de que esto fuera así!
—exclamé sorprendido—. ¿Siempre se hacían así?

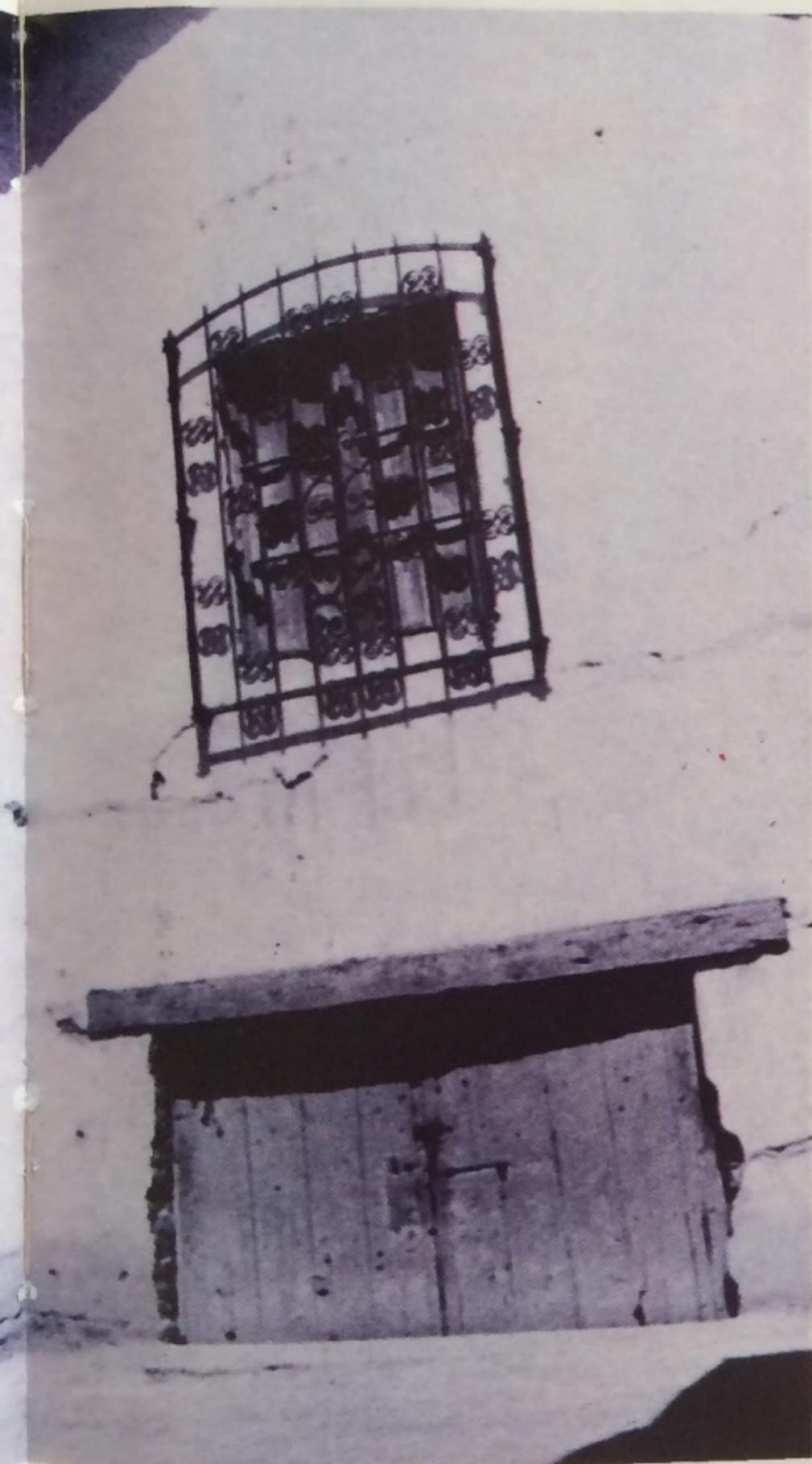
—Hay una gran variedad de técnicas para construir estos *aríbalos*. En América no se conocía el torno. Ah..., y un dato más bien técnico: a estos recipientes se les llama *aribaloides*, pues son semejantes pero no idénticos a los que se hacían en los grandes centros cerámicos del Imperio inca.

Rubén nos invitó a conocer los objetos encontrados en los dos cementerios al pie del cerro.

Volvimos a las casas del fundo. No es fácil entrar. Don Manuel, el cuidador, nos dijo que sin autorización no entraríamos de ninguna manera. Ya nos íbamos cuando apareció uno de los dueños, don Guillermo Valdés. Hablamos con él y personalmente nos llevó al interior de la casa.

Fuimos examinando cada uno de los *aribaloides*, pla-





tos, jarros y otros objetos.

—Los motivos con que se decoraban estos objetos —explica Rubén— eran muy característicos en cada región o pueblo. Hay motivos típicamente cuzqueños, hay otros típicamente diaguitas del norte de Chile. Hay también transformaciones de motivos de un lugar con estilos de otro. Estos objetos que tenemos aquí son incaicos, pero con una clara influencia diaguita. Se ha pensado que fueron alfareros diaguitas, traídos acá por los incas, los que hicieron estas alfarerías...

—¿Y para qué traían gente de otras partes? —pregunta Gonzalo Benavides, otro de los jóvenes invitados por Rubén.

—Los incas —responde Rubén— tenían un modo de conquista casi pacífica. No llegaban en plan de guerra. Traían un ejercito, imponían un gobernador o *curaca*, pero su ocupación de un territorio significaba muchas ventajas para los naturales: es cierto que éstos debían pagar un tributo y obedecer al *curaca*, pero por otra parte recibían protección, todos los avances técnicos en materia de agricultura, medicina, alfarería y, algo muy importante, en caso de faltar alimentos por causa de sequías o cualquier otra, el imperio proveía de todo lo necesario.

—Ahora bien, los incas usaban reclutar de entre los hombres de una región a un gran número que eran trasplantados a otro territorio. Eran los llamados *mitimaes*. Es posible que muchos de los alfareros que se trajeron a esta zona fueran *mitimaes* diaguitas.

—Cuando a uno le dicen que va a conocer cerámica indígena —comento virtualmente boquiabierto de lo que veíamos—, espera encontrar unas pailas, platos o figuras toscas, burdas y sin gracia. Pero estos aríbalos y platos son realmente increíbles: finos, proporcionados, de una delicadeza que no me hubiera imaginado en la vida. ¡Míralos!, parecen una cerámica griega o romana. Es inexplicable cómo puede inventarse una cosa tan sorprendentemente bonita y bien hecha.

—¿Por qué al inventarse la cerámica —cosa ya sorprendente— no permanece en los objetos gruesos, chuecos y



fáciles de hacer? ¿De esos que uno haría si le tocara alguna vez hacer cerámica? ¿Por qué buscan lo difícil, delicado y bonito?

Dos cosas creo que es importante decir –agrega Rubén. En Asia, en Mesopotamia, la invención de la cerámica es un larguísimo y paulatino proceso. En las excavaciones hechas se encuentran, a mayores profundidades, objetos tremendamente toscos y rudimentarios. Hacia profundidades menores, es decir, en tiempos más recientes, se van hallando objetos más finos, de manufactura más difícil. Mucho más tardíamente encontramos ya objetos de gran artesanía y perfección. Conjuntamente puede apreciarse un larguísimo proceso de aparición y perfeccionamiento de la

agricultura. Aquí en América, en cambio, prácticamente sin transición, se pasa de una cultura primitiva de recolectores y cazadores que no conocían la cerámica, a culturas que muestran un cierto grado de desarrollo agrícola y manejan una cerámica ya muy evolucionada. Según estos hallazgos, tanto la cerámica como la agricultura fueron introducidas en América por pueblos venidos desde fuera. Ambas, agricultura y alfarería, no parecen ser invenciones americanas. Además ambas aparecen juntas y se habla de las culturas *agroalfareras*. Donde hay vestigios de desarrollo agrícola hay siempre alfarería, y, al contrario, donde se encuentra alfarería se sabe que había ya un grado de desarrollo agrícola.

—¡Qué pena que no sea invento de acá! —exclama con cierto desencanto Marta Peña.

Rubén se ríe. Y continúa:

—La otra cosa importante es que aquí, antes de la llegada de los incas, había alfarería. Ella no fue introducida por los incas. En esta zona se dieron por lo menos dos culturas agroalfareras. Una que se la denomina *Aconcagua-Salmón*, y otra parecida a la llamada cultura *Molle*, del Norte Chico.

—¿Había salmones en el Aconcagua?

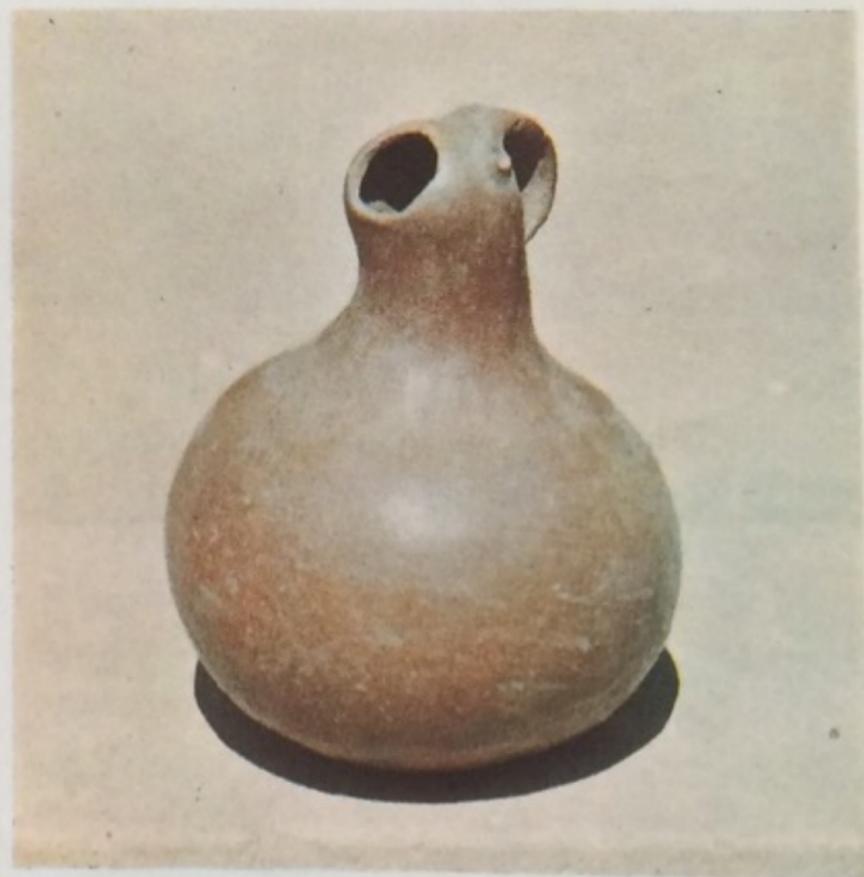
Nuevamente Rubén se echa a reír.

—Se la llama Aconcagua porque los primeros hallazgos se hicieron en las márgenes del Aconcagua. Lo de *salmón* proviene del color de la cerámica, que es de un anaranjado. También ella tiene técnicas de decoración y motivos muy característicos.

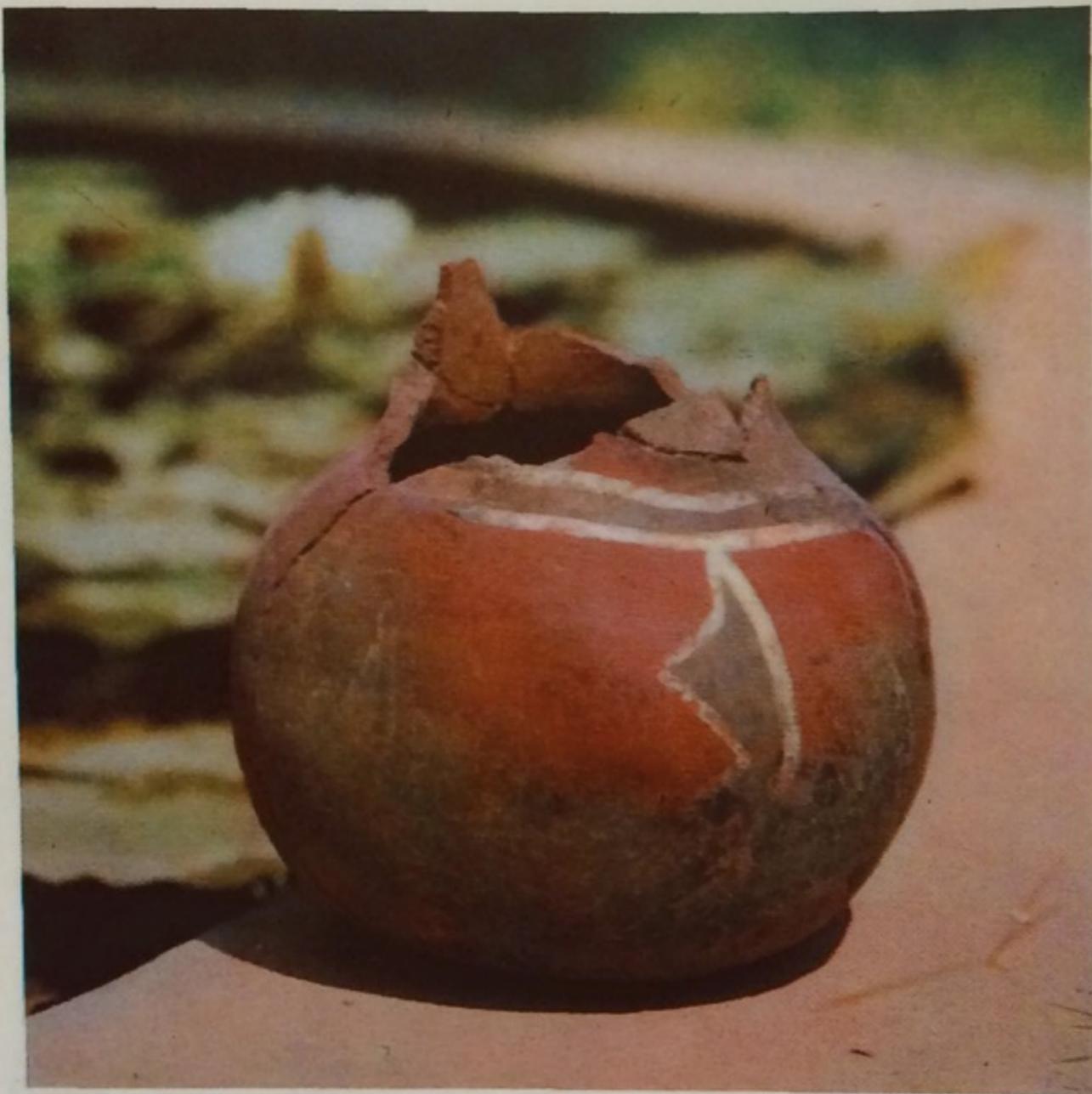
—¿Y la del *Molle*?

—Tiene ese nombre porque fue descubierta en la zona de Los Molles, cerca de La Serena. Hallazgos hechos aquí en Santiago han mostrado la existencia de un pueblo con cerámica, pipas y tembela (adorno bucal) parecida a los del Molle y que se ha llamado *Molloide*. Ambas culturas, la Aconcagua-Salmón y la del Molle tuvieron su influencia aquí en la zona de Santiago.

—De manera que algo había aquí cuando llegaron los incas —comenta Marta Peña, que a toda costa quiere salvar

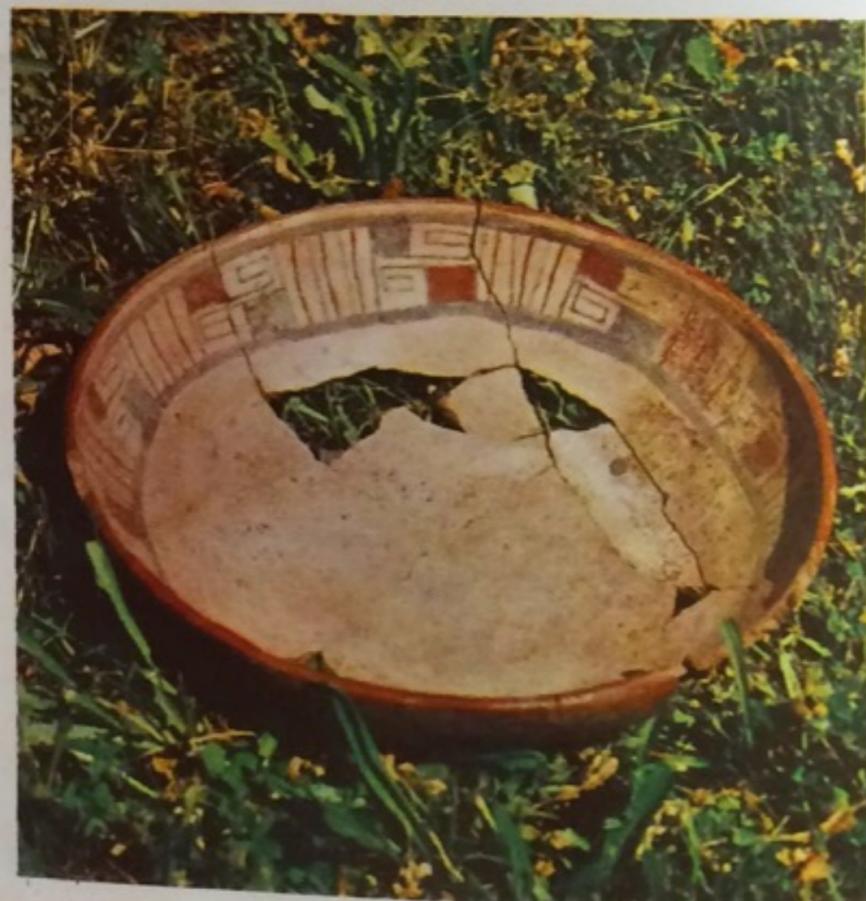


Curioso jarro antropomorfo. El asa estiliza la oreja, la abertura semeja una boca y sobre cada lado se ha moldeado un ojo. No es frecuente de encontrar entre la cerámica incaica.



◀ A menudo el arqueólogo tropieza con motivos decorativos novedosos y que no puede identificar. El presente jarro decorado en negro y blanco sobre superficie café corresponde a uno de estos casos.

▼ Enorme plato incaico, decorado interiormente con una franja de grecas negras y rojas sobre engobe blanco, que denota claras influencias diaguitas del Norte Chico.



la dignidad de nuestros primitivos habitantes.

–¡Claro que sí! –exclama Rubén–. Había y mucho. Lo malo es que todavía sabemos poco de todo eso. Justamente determinar el grado de desarrollo cultural de los pueblos preincaicos es uno de los temas que más me interesan estudiar. Hay mucho que investigar y descubrir.

–Oye, Rubén –pregunta Pancho–, ¿y estas culturas diferentes correspondían a pueblos de razas distintas?

–Tanto como razas distintas no puede decirse. Pero había diferencias a veces notables. Por ejemplo, los incas eran relativamente bajos, en promedio 1,55 ó 1,60 m. Los hombres de la cultura Aconcagua-Salmón parecen ser mucho más altos, en promedio 1,70, más altos que los actuales chilenos.

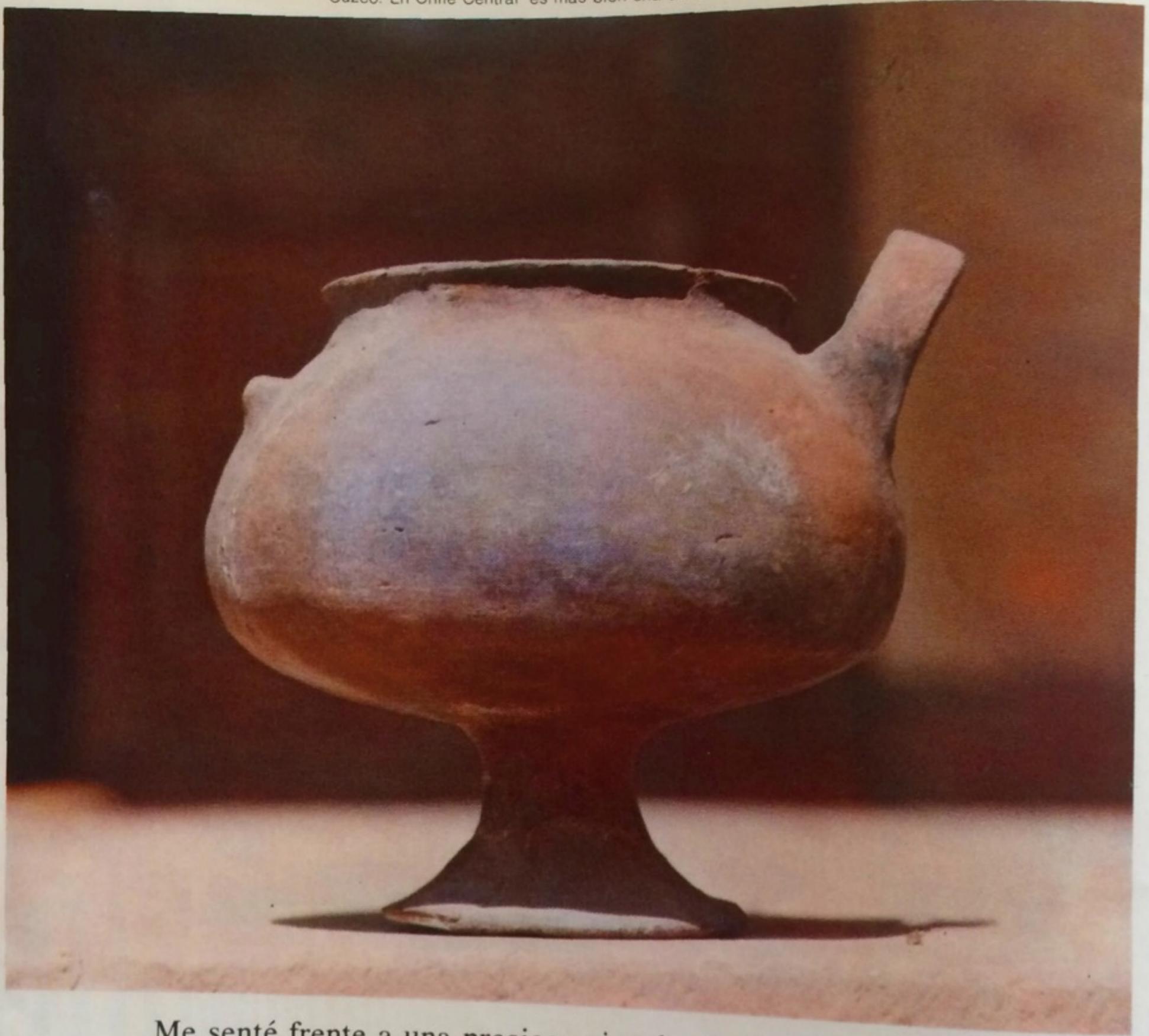
—¡Qué desesperación saber tan poco de todo esto! —exclama María Gloria—. ¡Qué misterio el del origen de todos estos pueblos, sus creencias, sus modos de vivir!

Poco se sabe. ¡Qué de historias entretenidas están ocultas todavía! Todas estas cosas que están como a la espera de ser conocidas (ojalá se lleguen a conocer algún día) me producen una extraña intranquilidad.

La casa en que estamos, una especie de vieja “villa” italiana, obscura y silenciosa, también me desasosiega. Una penumbra de persianas corridas y un aire de abandono parecen traer a presencia, junto con los cuadros y los muebles, dulces figuras de abuelas y música de comienzos de siglo.



: Esta gran copa con un asa vertical y dos botones adheridos en el lado opuesto, que recuerda a un vaso con pie griego, es típica de los incas, pues era bastante usada en el Cuzco. En Chile Central es más bien una curiosidad.



Me senté frente a una preciosa pianola. Rodeado de sorprendidos expedicionarios, canté con voz de gramófono con cilindros de cera:

Antiguo vals de amor
que me hace recordar
los dulces raudos giros
que hicieronme soñar...

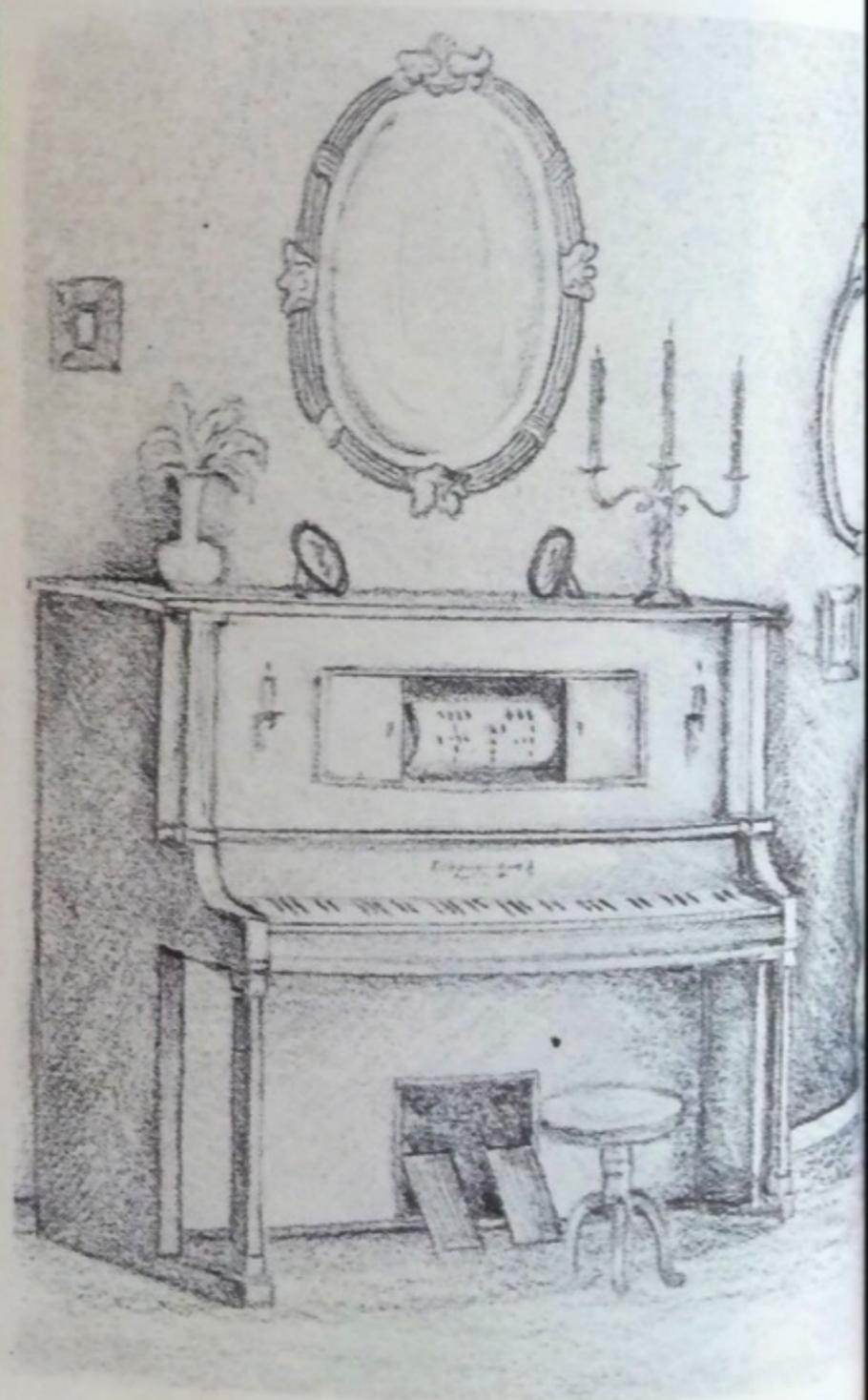
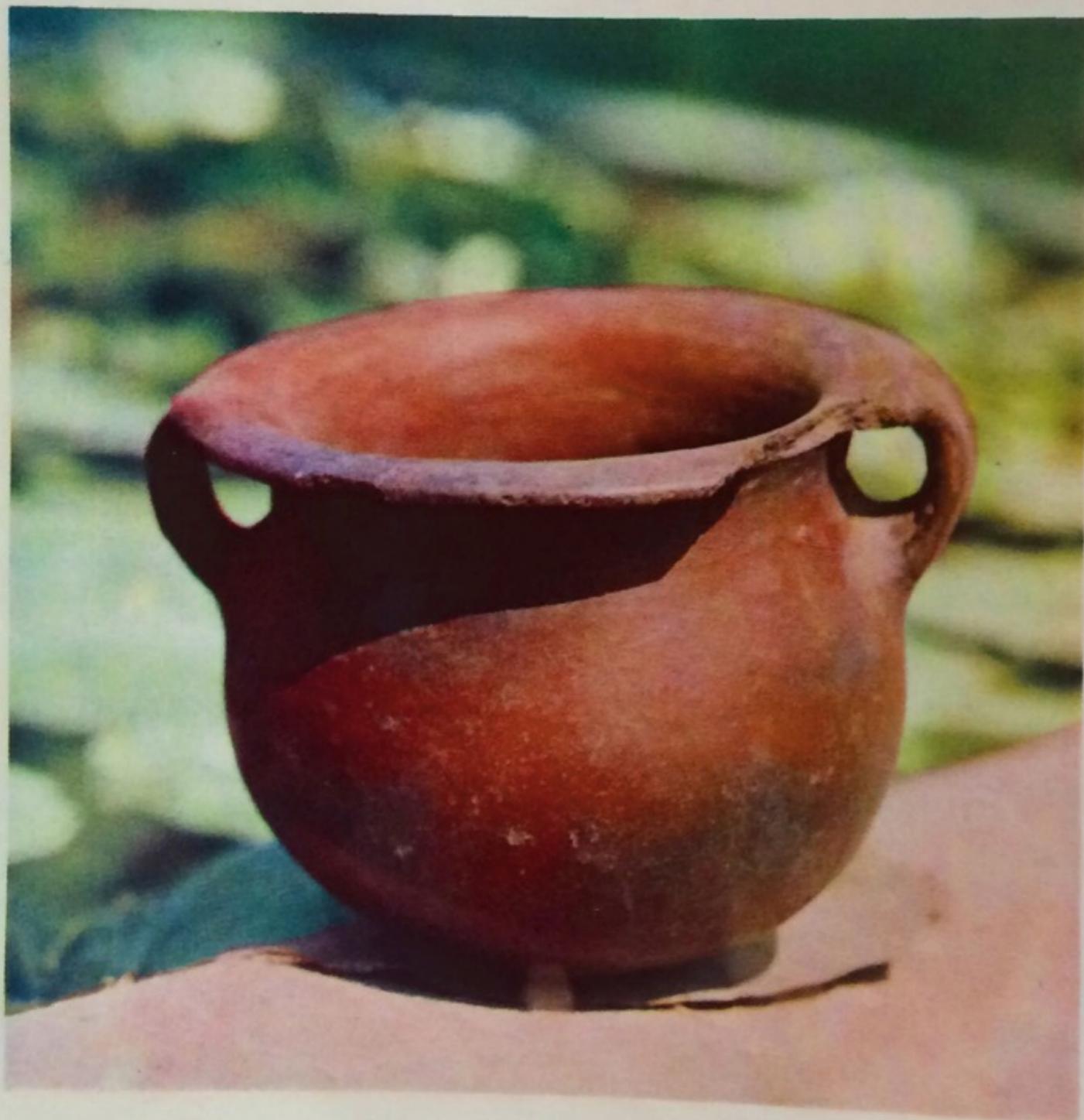
Los pisos y muebles crujieron acomodándose a su tiempo. Aribalos incaicos, lámparas de comienzos de siglo, la vaga obscuridad medio amarillenta del atardecer y un vals para ser interpretado por la niña...

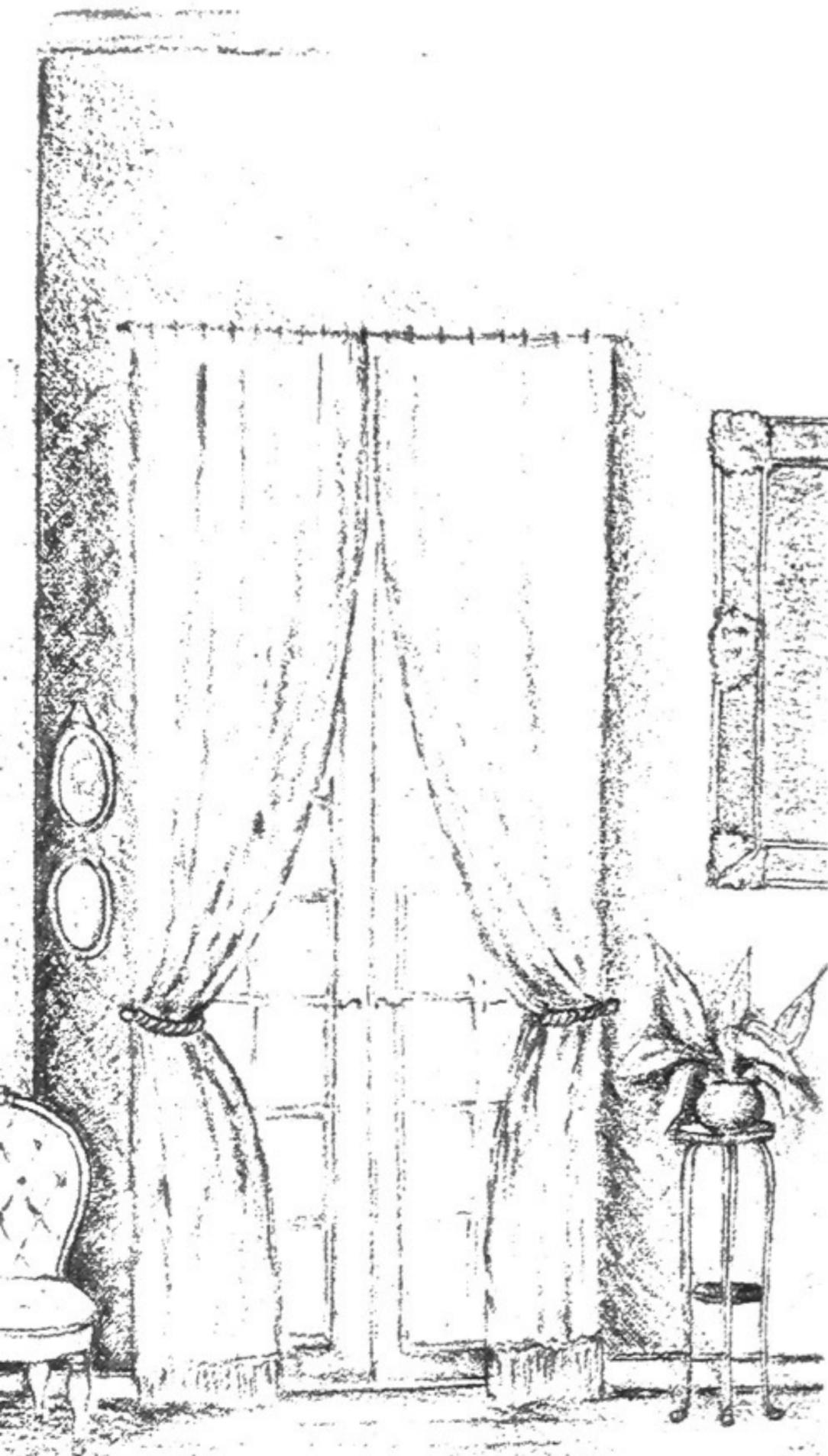
Parece mentira que el tiempo sea el mismo dentro y fuera de la casa.

Volví donde Rubén. Los dulces raudos giros que hicieron soñar. Junto a Pancho y Guillermo Gómez fotografiaban las cerámicas. Lánguida voz emergiendo de algún disco viejo y polvoriento: antiguo vals de amor. Acordes gangosos, olor a cortinas y cojines con polvo de 100 años. Que me hace recordar.

◀ Aribaloide decorado en rojo y negro sobre blanco. El motivo principal que corresponde a la franja vertical al centro se denomina "clepsidra" y es típicamente inca-cuzqueño.

▼ Hermosa olla no decorada de cuerpo globular, dos asas y labio muy evertido. Denota influencias de culturas locales y probablemente fue utilizado para cocer alimentos, pues conserva huellas de hollín en su base.





—El camino del inca —explicaba Rubén— entraba desde Mendoza hasta Putaendo. Desde allí continuaba a Quillota, Marga-Marga (en Viña del Mar), las Dichas (camino de Casablanca a Algarrobo), Talagante, Angostura de Paine, San Fernando. Un ramal salía de Putaendo por Chacabuco, Colina hasta donde se halla hoy Santiago. Otro ramal salía desde Talagante hacia Santiago.

”Junto al camino y cada 20 ó 30 Km había unas especies de posadas o *tambos* que servían de reparo a los viajeros. El camino era también la base del sistema de correos. Además de los *tambos* existían pequeñas casetas entre las cuales, corría un sistema de postas extraordinariamente rápidos. Una noticia de Chile a Cuzco iba o venía en 6 o 7 días. Las diferentes provincias en que estaba dividido el imperio tenían la obligación grave de reclutar y mantener a los jóvenes mensajeros para el servicio del correo. Hay que pensar que hasta mediados del siglo pasado un viaje de Santiago a Valparaíso demoraba 2 ó 3 días. Los incas habían logrado en ese lapso comunicarse con Copiapó.

”El camino del inca era la columna vertebral del imperio. En los *tambos* se mantenía una ración de alimentos para varias decenas de hombres. La rapidez de comunicación significaba rapidez y eficacia en los movimientos militares, en la administración, en el aprovechamiento de recursos que se enviaban. Para casos especiales tenían un sistema de comunicación por humo, que reducía el tiempo a menos de la mitad.

—Fantástico...

—Oye, Rubén, y a propósito de estas cerámicas, ¿hay más cementerios descubiertos?

—Hay muchos. Pero hay una observación importante y casi misteriosa. La única parte de la zona central en la que hay cementerios incas es la zona inmediata a Santiago. En esa área se han encontrado muchos, en el resto ninguno.

—¿Ninguno?

—Ninguno. Esto es muy curioso. Como hablábamos más temprano, al parecer los incas se habían asentado en lo que hoy es Santiago. Geográficamente Santiago está si-

tuada en una cuenca muy especial, resguardada por cadenas de cerros que la envuelven y surtida de abundante agua por el Mapocho y el Maipo. Aquí construyeron acequias o canales de riego, un templo u oratorio (Colina) y al parecer hubo un gran número de asentamientos.

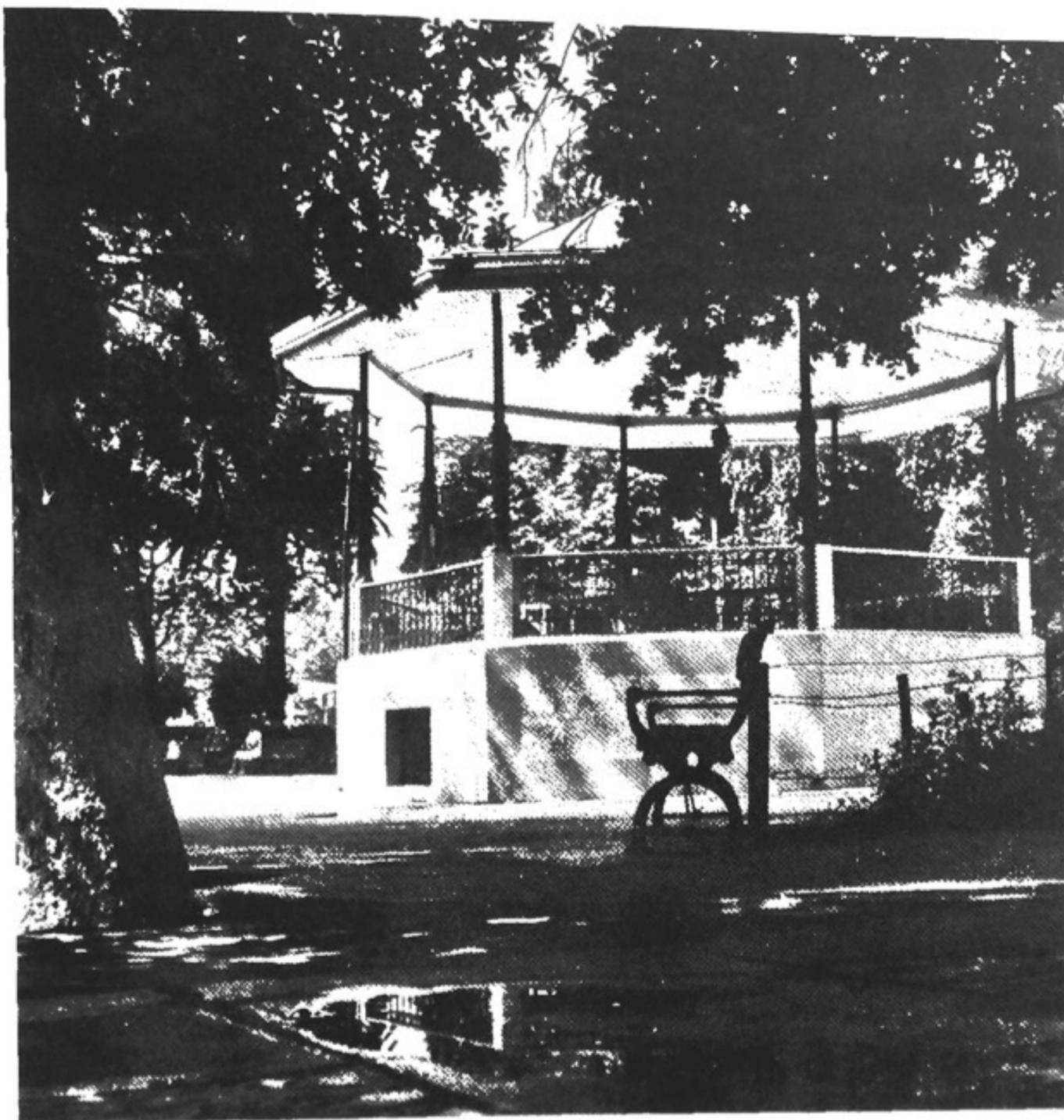
-De manera que los españoles se encontraron con la cama hecha y la estufa prendida -comenta Pancho.

-Así es, y no sólo aquí en Santiago. Los incas habían logrado pacificar hasta un poco al sur de Santiago. De ahí hasta el Maule estaban en proceso de conquistas. Incluso habían ya incursionado hasta el Itata, que era la frontera mapuche. Ellos llamaban *promaucaes* a los indígenas de Angostura al sur. *Promaucaes* significa *peleadores* o *gente belicosa* en quechua.



Este hermoso plato inca-local posee la forma de un pato nadando. La cabeza está ahuecada y en su interior posee una bolita que suena como cascabel. La franja decorada central posee un motivo de grecas que denota influencia diaguita. A ambos lados hay una figura triangular que estilizaría las alas del pato. ▶





—De modo que los españoles además llegaron a una tierra ya sometida a medias...

—Así es. No hay que olvidar que eran un puñado de hombres. Cincuenta o sesenta soldados sostuvieron lo que antes estaba sostenido por todo el imperio inca. Pero llegaron a lugares ya fundados, a tierras medio conquistadas, y por años no avanzaron un paso más que eso.

Terminada la tarea de fotografiar la cerámica, volvimos todo a su lugar, cerré la pianola, nos despedimos de don Manuel y de don Guillermo y partimos de vuelta.

Tomamos té en San Bernardo, en la plaza, y estábamos de vuelta en Santiago a eso de las ocho y media. Fue un bonito día.



EDITORIA NACIONAL GABRIELA MISTRAL

JUAN NAVEILLAN F., Vicepresidente
JOSE HARRISON DE LA BARRA, Gerente General
JORGE SIMS SAN ROMAN, Jefe Editorial

expedición a **CHILE**

Redacción:
FRANCISCO OLIVARES THOMSEN, Director
ALBERTO VIAL ARMSTRONG, Cronista
MARIA GLORIA IRARRAZAVAL DE MARQUEZ DE LA PLATA
MARIO CORREA SAAVEDRA
EDUARDO BERNAIN DESMARAS, Subdirector
GUADALUPE ELIZALDE FORTEZA, Secretaria

COMISION CIENTIFICA RESPONSABLE:

Profesor Dr. JUAN CARLOS CASTILLA ZENOBI, Ph. D.
Doctor en Biología Marina (Gales, Gran Bretaña)
Jefe Depto. de Biología Ambiental y Poblaciones, U. Católica de Chile.
Profesor Asociado de Zoología.

Profesor HORACIO LARRAIN BARROS
Licenciado en Filosofía (San Miguel), Rep. Argentina
Master en Arqueología (UNAM, ENAH, México)
Master en Antropología Cultural (SUNY, Nueva York)
Jefe Depto. de Antropogeografía de Chile, Instituto de Geografía, U. Católica de Chile.
Miembro de la Academia Chilena de Ciencias Naturales.

Profesor LUIS E. PEÑA GUZMAN
Research Affiliate in Zoology Peabody Museum at Yale University
Conservador del Museo, Sede Sur, Facultad de Agronomía, U. de Chile
Vicepresidente de la Sociedad Chilena de Entomología
Director de la Sociedad Científica de Chile
Director del Comité Nacional Pro Defensa de la Fauna y Flora.

Profesor: HERNAN SANTIS ARENAS
Geógrafo
Diplomado en Estudios Integrados (I. T. C. Holanda).
Profesor Jefe Depto. de Geografía y Planificación Regional, Instituto de Geografía,
U. Católica de Chile.
Profesor Civil (Geografía) en la Academia Politécnica Militar, Ejército de Chile.

Profesor MANUEL SCHILLING PARGA
Ingeniero Agrónomo
Profesor de Botánica Fanerogámica, Facultad de Agronomía, U. de Chile
Miembro de la Academia Chilena de Ciencias Naturales.

Profesor: GUILLERMO SCHILLING ROJAS
Ingeniero Agrónomo
Profesor de Anatomía Vegetal y Criptogamia, Depto. Ciencias Naturales y Exactas
U. de Chile, Sede Sur.
Miembro de la Academia Chilena de Ciencias Naturales.
Miembro del Directorio de la Sociedad Chilena de Botánica.

COLABORADORES Y AYUDANTES CIENTIFICOS:

RODOLFO HOFFMANN MARECHAL, Arquitecto
JUAN CANCINO CANCINO, Biología Marina, U. Católica
BELFOR PORTAL VALENZUELA, Geógrafo
JURGEN ROTHMANN, Zoólogo
RUBEN STEHBERG L., Arqueólogo
VICTOR SOLAR M., Ornitólogo

TALLER DE ARTE:

LUIS FELIPE RUIZ TIRADO, Diagramador
EDUARDO PEREZ PEREZ, Jefe dibujo y trabajo científico
RODOLFO PAULUS VENEGAS,
ANDRES JULLIAN FUENTES.

GUILLERMO GOMEZ, Fotografía

Coordinador Técnico:
JOSE VALDES FLORES

REALIZACION TECNICA:

Jefe Técnico Talleres: PEDRO FLORES GARCIA
Jefe Sección Fototono: GUSTAVO MIQUELES GOMEZ
HUGO ABURTO OLIVOS
HUGO ORELLANA GONZALEZ
JUAN ROJO DIAZ
Jefe Sección Prensas Offset: SERGIO PULGAR GOTTERBAL
Jefe Turno de noche: HERNAN LIZANA LOBOS
TOMAS ENRIQUE SILVA MEDINA
FERNANDO MIRANDA ULLOA
Jefe Sección Tipografía: SERGIO GARCIA ALEGRIA
JAIME JERIA REINOSO (Fotocomposición)
ELENA HERRERA VEGA
Jefe Sección Corrección de Pruebas: HUGO ESCOBAR SALINAS
ENRIQUE CARVAJAL VELIZ
JORGE BALMACEDA MENDEZ
Jefe Sección Encuadernación: ALFREDO CERDA SALAZAR
LUIS TORRES OLMOS
Jefe Sección Despacho: HUGO MARTINEZ HERNANDEZ

Agradecemos en forma especial la valiosa colaboración de:
Dra. Grete Mostny, Directora del Museo Nacional de Historia
Natural.
Carlos Huayquiñir Rain.

Dirección de Fronteras y Límites (Ministerio de Relaciones
Exteriores).
Instituto Geográfico Militar (Ministerio de Defensa Nacional).
Servicio Aerofotogramétrico (Fuerza Aérea de Chile).
Museo Nacional de Historia Natural.
Instituto de Estética, Universidad Católica de Chile.